

Selección TERROR

¿QUIEN SERA EL PROXIMO?

Ralph Barby

ENRIC

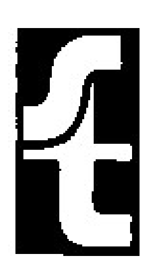
SELECCION

TERROR

RALPH BARBY

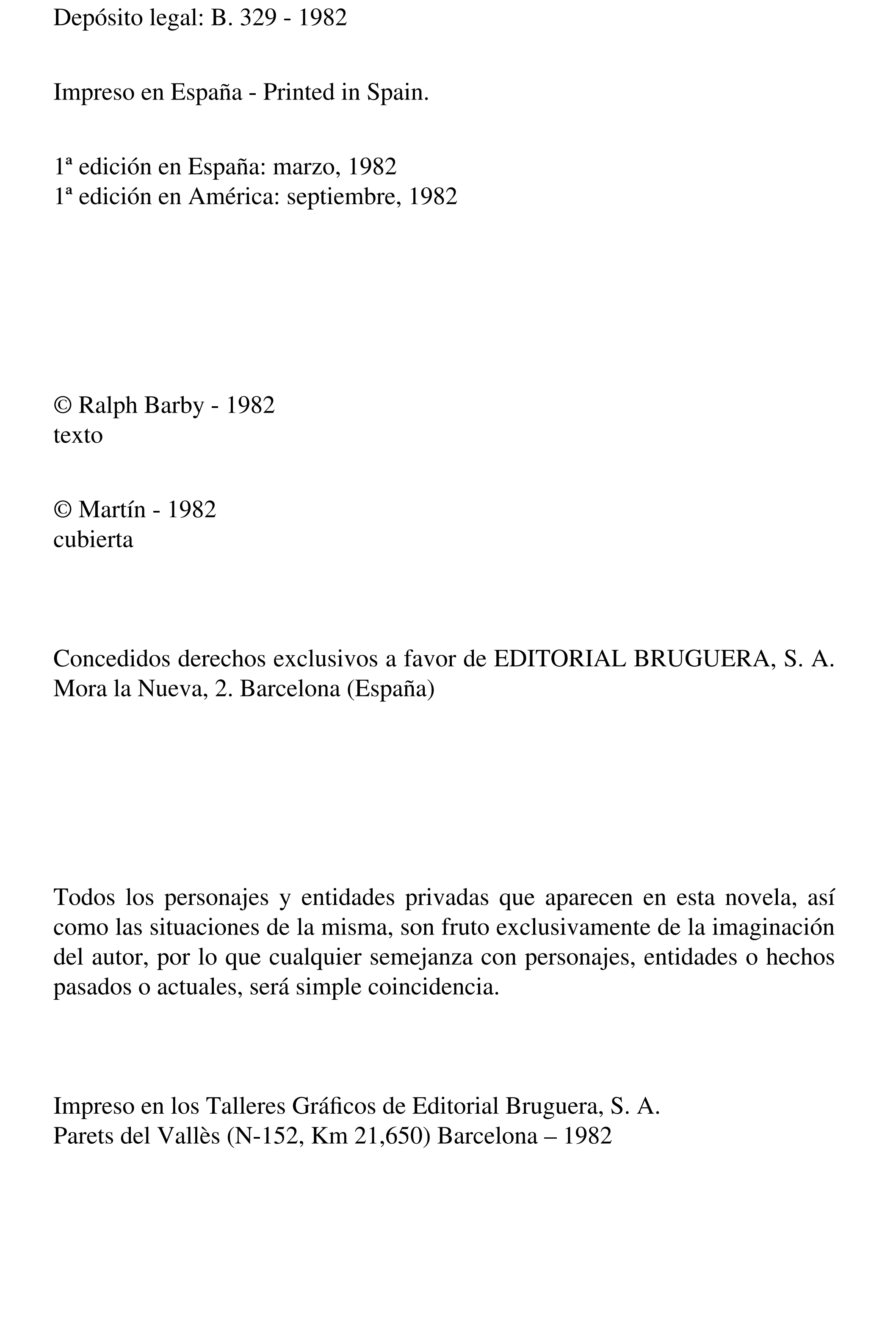
¿QUIEN SERA EL PROXIMO?

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 473
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4


Depósito legal: B. 329 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición en España: marzo, 1982
1ª edición en América: septiembre, 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

—Todavía no estoy segura de si viví o soñé, todavía no sé si fue realidad o pesadilla.
El psiquiatra era un hombre paciente, tranquilo, un hombre de ojos azules, tranquilizadores, unos ojos algo entornados. Miró a Evel. El rostro femenino reflejaba temor, quizá más, el terror anidaba en sus entrañas.
—¿Has tomado drogas?
—«Hierba» alguna vez.
—¿Sólo?
—Si, sólo y muy pocas veces.
—¿No te has picado?
—Jamás.
—¿Acido?
—No, no, nada, insisto en que sólo «hierba» y en contadas ocasiones.
—¿Te das cuenta de que lo que me has explicado, racionalmente, es absurdo?
Ella rehuyó la mirada del médico ladeando la cabeza.
—Sí, lo sé, pero es cierto o lo he soñado, no lo sé. —Volvió a mirarle a la cara —. ¿Me estoy volviendo loca?
—Tranquilízate, la palabra «locura» es mejor no emplearla. Digamos que puede haber sido una psicopatía transitoria.
—¿Lo que le he contado no puede ser cierto?
—Claro que no, Evel, claro que no.
—La verdad es que prefiero que haya sido una pesadilla, dormida o despierta, ya me da lo mismo, lo que no podría soportar es que fuera una realidad.
—Esas cosas que has contado no entran en la realidad. La realidad es más sencilla, más llana, carece de toda esa fantasía macabra. Te recetaré algo que deberás tomar media hora antes de acostarte; no obstante, si tienes sensación de que te vuelve a ocurrir algo anormal, deberás llamarme y también llevarás encima una tarjeta para las autoridades. Si eres encontrada en situación difícil, con esa tarjeta me avisarán para que pueda atenderte.
—No me gusta, doctor, no me gusta —rechazó, nerviosa.
—¿El qué no te gusta, Evel? —preguntó el médico siempre con voz y tonos tranquilizantes.
—Llevar encima una tarjeta que diga que estoy loca.
—No temas, la tarjeta sólo pondrá «médico privado» y unas iniciales, nada más. No tienen por qué saber que soy psiquiatra.
Se incorporó en el diván, sentándose casi frente al médico que le llevaría treinta años de edad, quizá más.
—Tengo verdadero pánico a que me encierren en un psiquiátrico. Si me doy cuenta de que estoy loca, si me doy cuenta, prefiero morir.
—Tranquilízate. Si sigues diciendo estas cosas sí me obligarás a que recomiende tu internamiento de forma provisional hasta que te tranquilices.

Evel comprendió que lo que efectivamente debía hacer era tranquilizarse, adquirir normalidad en sus gestos, en su actitud, en su voz y en sus palabras.
Hubo de suspirar profundamente hasta que lo consiguió y luego miró a los ojos tranquilizantes del psiquiatra, unos ojos en los que antes no se había fijado bien. Con una sonrisa, comentó:
—Tiene usted los ojos azules, doctor.
Evel regresó a su casa. El aire frío del otoño, un aire húmedo que deshojaba los árboles, azotó sus mejillas, despejándola.
—Evel, hija.
—Mamá, yo, bueno...
Dudó, deseaba contárselo todo. No le había dicho nada a su madre y mucho menos que acababa de visitar a un psiquiatra del que oyera hablar a una amiga.
—Evel, ¿ha sido buena la película?
—¿Qué película, mamá?
—Bah, no importa. Tengo una sorpresa para ti.
—¿Una sorpresa?
—Sí. ¿Te acuerdas de tío Stevens?
—¿El marido de tía Elizabeth?
—El mismo. Ven, ven...
Entraron en la salita y Evel no se encontró con un hombre sino con dos.
A tío Stevens lo recordaba vagamente. Sabía que era un conservador chapado a la antigua y vestía siempre como si estuviera camino de la ópera en una sesión de gala.
Iba impecable aunque desfasado en el tiempo. Camisa nívea, cuellos y puños duros con gemelos de platino y brillantes. En su rostro grande destacaba un bigote de casi tres dedos de ancho.
No le sorprendió pero sí le llamó la atención el otro hombre. Era joven, vestía una camisa negra de cuello cisne y una chaqueta «Cambridge» con coderas de piel. En aquellos instantes, Evel lamentó no llevar las lentillas puestas para poder observar mejor al joven que estaba allí.
—Evel, tío Stevens y Norman. Stevens intervino para explicar:
—Es mi ayudante y cuando digo «ayudante» no quiero decir que sea un inexperto, sino todo lo contrario, vale mucho.
—Evel, salúdalos.
—Oh, sí, claro.
—Hola, Evel —le dijo Norman con naturalidad.
—Evel, se van a quedar en nuestra casa por unos días —explicó la madre.
—Así es —ratificó tío Stevens—. Hemos de llevar a cabo unos trabajos en esta ciudad y pensamos que estaríamos mejor alojados en casa de un familiar que en un hotel.
—Naturalmente, Stevens —le dijo Grace Chapperton, madre de Evel.
—¿Ha preparado Gladys las habitaciones?
—Sí, hija, ya las tiene listas. Esta casa estará mucho mejor con la presencia de

hombres.
—Es un halago para nosotros. ¿Verdad, Norman?
—Yo haré lo que pueda para no estorbar.
—Norman es un hombre modesto pero muy inteligente. Es psicólogo y está a punto de doctorarse en física, pero lo que realmente le apasiona es la parapsicología.
—¿Parapsicología, has dicho? —repitió Grace Chapperton.
—Sí, querida prima, parapsicología, la ciencia actual y del futuro.
—¿No me dijiste que eras criptógrafo? Porque, era eso, ¿verdad? Criptógrafo —repitió, pronunciando con cierta dificultad.
—Sí, sí —aceptó Stevens con displicencia y vagos movimientos de mano—. Esos fueron los cimientos, pero para llegar adonde estoy he tenido que pasar por el estudio del hermetismo, la alquimia histórica y algo de espiritismo.
—Stevens, no habrás pensado celebrar aquí sesiones espiritistas ¿verdad?
—No, no temas, son cosas pasadas que me han hecho comprender mejor todos los fenómenos que ahora estamos estudiando. Ahora voy a preparar un simposium internacional de paraciencias.
—Está bien, ya me lo contarás en otro momento, querido primo, todo esto es muy complicado para mí.
—Si, sí, lo comprendo.
—Evel puede que sí entienda de estas cosas —observó Norman.
—He leído algo y también he visto cosas por televisión. También creo que se han utilizado fenómenos de esa índole para hacer películas de terror.
—Así es, querida sobrina, así es.
—Y tengo entendido que la ciencia rechaza tales fenómenos porque son irrepetibles.
—Evel, pareces muy enterada de estas cosas —opinó Norman.
—La verdad es que todo esto es apasionante —dijo Grace Chapperton—. ¿Y vendrán periodistas aquí?
—Posiblemente —asintió Stevens, entre ambiguo y ladino—, pero no ahora, claro, sino cuando se celebre el simposium. La verdad es que esta casa reúne cualidades magníficas para ser la sede central.
—Sí —aceptó Norman—. Es una casa antigua con estancias amplias y seguramente mucha historia entre sus paredes.
—Ya lo creo que tiene historia esta casa... Desde hace tres siglos, los Chapperton vivimos en ella —dijo Grace.
—Se pueden intentar algunas psicofonías. Traeremos una caja de Faraday y una cámara Kirlian para tomar fotografías.
—Será mejor que no hagan nada —dijo de pronto Evel.
Todos la miraron, su madre se mostró un poco desconcertada.
—¿Por qué no, hija?
—Mamá, tú no sabes de qué va todo esto. Le tienes miedo a los muertos, a los espíritus y a los espectros, ¿verdad?
—Oh, sí, claro que sí.

—Pues ellos te hablan de lo mismo, pero con nombres más científicos, nombres a los que tú no estás habituada y no te enteras de lo que ellos se proponen llevar a cabo.
—Sobrina, no tienes por qué atemorizar a tu madre. Nosotros sólo somos científicos, estudiamos los fenómenos, no hacemos una religión de todo esto. Es ciencia, aunque la ciencia ortodoxa y cartesiana no lo acepte. A la larga conseguiremos demostrar que todo es cierto.
—Mamá, si quieres mi opinión, debes acogerlos aquí pero no permitas que hagan experimentos en la casa.
—¿Por qué, de qué experimentos se trata? ¿Acaso pueden quemar la casa o hacerla estallar?
—Mamá, no son esa de experimentos, pero imagínate que graban en sus magnetófonos la voz de un supuesto espíritu que murió en esta casa y que aún sigue dando vueltas por aquí. Tú oirías esa voz, mamá, tú la oirías y ya no la olvidarías jamás. Siempre estarías recordando la voz del espíritu.
—Aquí no hay espíritus, no los hay —insistió pálida mistress Grace Chapperton.
—No temas, querida prima, no resucitaremos los espíritus de los Chapperton, quédate tranquila y tú también, sobrina, no oiréis las voces del más allá.
—¿De veras me lo prometes, Stevens?
—Prometido, querida prima, prometido.
—Disculpadme, estoy algo nerviosa, no me encuentro muy bien —se excusó Evel, alejándose de la salita sin esperar respuestas ni preguntas.
—No sé qué le pasa a Evel, está un poco nerviosa. Quizá sí tenga que llamar al médico de la familia.
En aquel instante, un grito desgarrador rompió la paz de la residencia de los Chapperton.

CAPITULO II

El doctor Horace Munnigham ya tenía todo el cabello cano. Era un personaje de modales paternales que parecía estar por encima del bien y del mal, pero no tenía la mirada de zorro de Stevens.

—No es nada, una excitación propia de la juventud. No debería tomar excitantes ni asistir a discotecas con esas luces que trastornan el cerebro a través de los impactos que reciben las retinas. Tampoco debe escuchar música movida ni demasiado alta de tono. Con un tranquilizante se repondrá pronto y dentro de una semana será mejor que se pase por mi consulta.

—Pero, doctor Munnigham —intervino la madre—, ¿qué le ha dicho Evel? Porque, algo le habrá dicho...

—Oh, nada, nada, ya sabe como son las jóvenes, pero no tiene importancia, es como una niña mimada. Debe mimarla usted en exceso, señora Chapperton, en exceso y Evel ya va dejando de ser una chiquilla.

—¿Dejando? —intervino Stevens—. Yo diría que ya es una mujer.

—Es mi primo, se aloja en esta casa por unos días —presentó la señora Chapperton.

—Oh, bien, bien.

—Evel tiene el cuerpo de una mujer, eso es indudable, pero ha sido una muchacha muy consentida por una madre que la ama en exceso. ¿No es cierto, señora Chapperton?

—Bueno, yo...

—Es usted tan buena madre. En fin, eso se corrige con el tiempo.

—En suma, ¿qué tiene la chica? —intentó concretar Stevens.

—Un poco de histeria debido a su juventud, quizá un capricho no conseguido, a estas edades ya se sabe. ¿Qué les voy a decir a ustedes? —Suspiró profundamente—. Señora Chapperton, que Evel pase a verme dentro de una semana, pero ahora no la molesten, es mejor que duerma y descanse.

La señora Chapperton acompañó al doctor hasta la puerta de la calle. Stevens y su joven ayudante quedaron solos.

—Ese médico es un inepto receta placebos —opinó Stevens con tono despectivo.

—Yo creo que es un buen hombre, pero un artesano de la medicina, no llega a más. Habrá escogido como profesión la medicina como podía haber sido empleado de Banca. No creo que sus conocimientos lleguen muy lejos.

—Sí —aceptó Stevens.

Buscó un cigarro, cortó la punta con un artilugio a propósito que llevaba consigo y luego lo encendió.

—¿Evel es propensa al histerismo?

—No lo sé, pero algo le ocurre y ese algo tiene que ver con esta casa —opinó Stevens, mirando en torno suyo.

—¿Cree que en esta casa ocurren fenómenos extraños?

—Podría ser. En realidad, yo no tengo sangre de los Chapperton, soy un primo político de la propietaria, pero sé que en esta residencia han ocurrido fenómenos extraños. Los Chapperton han tenido en su familia miembros un poco especiales.
—¿Especiales, a qué se refiere?
—En la historia de los Chapperton han habido varias muertes violentas.
La conversación quedó cortada porque mistress Grace regresaba junto a ellos; parecía más tranquila.
—Bueno, no será nada, ya lo dice el doctor Munnigham, es que la mimo demasiado.
—¿Mañana podremos hablar con ella?
—Sí, claro que sí.
Evel bajó a comer. Estaba pálida, pero nadie comentó nada al respecto.
Comió poco pese a los intentos de la vieja doncella que trataba de que la joven consumiera un plato lleno de sopa.
Stevens se excusó diciendo que tenía que hacer una visita. Norman dijo que él también saldría, pero en un aparte preguntó a Evel con naturalidad.
—¿Quieres venir conmigo?
Ella se lo quedó mirando, entre perpleja e interrogante.
—Bueno —respondió.
A Grace Chapperton le pareció bien que su hija saliera con Norman. Aquel joven, además de alto y apuesto, parecía prometer o por lo menos así lo aseguraba su primo Stevens y mistress Grace parecía predispuesta a creer en todo lo que prometiera ser bueno.
Norman poseía un coche pequeño y utilitario, aunque bien cuidado de motor y del que sacaba un magnífico rendimiento.
—No me has preguntado adónde vamos.
—Vamos al pub Glass. Allí tienes que encontrarte con un grupo de amigos del que sólo conoces a dos y que se llaman Morris y Robert. Estudiaron contigo en la Universidad y ellos te presentarán a los demás.
Norman pisó el freno, deteniendo su coche. El frenazo había sido causado por la sorpresa.
—¿Quién te lo ha dicho?
Ella volvió su rostro hacia él. Su boca ligeramente carnosa dibujaba una media sonrisa de suficiencia y en vez de responder, preguntó:
—¿Y tú qué crees?
—Stevens no ha podido ser; le he dicho que saldría a ver a unos amigos, pero no le he contado más.
—¿Quién, entonces?
—No lo sé —respondió él, sincero.
—Olvídalo.
—No, no, prefiero saber.
—A algunos hombres se os puede leer en los ojos lo que pensáis.
Norman reanudó la marcha. Cuando llegó frente al pub Glass, buscó un lugar

de estacionamiento y luego entraron en el establecimiento de bebidas. Allí fue interpelado casi de inmediato.
—¡Norman, Norman!
—¡Robert!
—Eh, Morris, ha llegado Norman.
—Y viene muy bien acompañado —observó Morris—. Y nosotros que queríamos presentarle a las bellezas que tenemos por aquí.
—Hola, muchachos, os presento a Evel.
—Estas son Lulu, Olivia y Silvy —dijo Morris que parecía muy metido en chicas—. Ya ves, te guardábamos una para ti.
Lulu, con los ojos muy abiertos y brillantes, observó:
—Parece que sobra una de nosotras, tres chicos y cuatro chicas.
—Ah... Ay, ay...
Todos miraron a Silvy que se llevaba las manos al abdomen.
—Bueno, no es para tanto —bromeó Morris.
—Idiota, que es cierto, parece que le duele algo.
Norman se acercó a Silvy y le puso la mano en el abdomen. Preguntó a la muchacha cuyo rostro amarilleaba por momentos:
—¿Es aquí?
—Sí. Oh, no puedo moverme, me duele mucho, mucho —se quejó.
—Norman, ¿es broma? —preguntó Morris.
—No es broma, tiene un ataque de hígado. No estaría de más que pasara por urgencias de una clínica y luego la llevarán a su casa.
—Robert, llévala tú —pidió Morris.
—Si, en seguida.
Robert se llevó a Silvy, ayudándola a caminar, sin saber exactamente cómo solventar el problema que se había presentado de repente.
—Bueno, sí que ha sido mala suerte —comentó Morris.
Lulu opinó:
—Habrá tomado algo que le ha sentado mal.
—¿Había tenido otros ataques como éste? —inquirió Norman.
—Yo no sé nada —confesó Morris. Olivia le preguntó:
—¿Eres médico?
—No, no soy médico, soy psicólogo, pero como es lógico, tengo algunas nociones.
—Si fuera médico, ya habría curado a nuestra amiga Silvy. Norman y Morris trataron de animar la conversación recordando sus tiempos de estudiante, pero la cosa no cuajó. Algo impalpable y negativo flotaba en el aire. Al fin reapareció Robert cuando el grupo semejaba irremediablemente abocado al hastío.
—Era, en efecto, un cólico hepático. Ha quedado ingresada para observación. He avisado a sus familiares. Hay cosas que no se entienden, tan joven y un cólico que casi la mata, no somos nada.
—¿No había tenido nada antes? Me refiero a cólicos hepáticos —insistió

Norman. Robert se encargó de responder:
—Parece que no, se lo han preguntado en el centro médico y ella ha dicho que no.
—Mientras no haya tomado algo raro y ahora se lo descubran, ya me entendéis.
—¿Drogas? —inquirió Morris.
Siguieron sin animarse. Pensaron que podía deberse a lo ocurrido a Silvy y optaron por quedar para el día siguiente.
—Iremos a una discoteca que yo conozco, es la mejor de la ciudad —propuso Lulu con mucho énfasis.
Norman observó que Lulu era la chica del grupo con redondeces más exuberantes y generosas. Con las curvas de sus pechos y caderas llenaba los ojos masculinos.
Olivia era esbelta y reposada, menos estridente. Poseía un rostro muy hermoso.
—¿Lo has provocado tú?
—¿El qué?
—Vamos, Evel, apenas nos conocemos, pero no te hagas la tonta.
—No sé de qué me hablas.
—De Silvy.
De pronto, Evel se echó a reír, reía tanto que se le saltaron las lágrimas.
Norman puso el coche de nuevo en marcha y no volvió a hacer preguntas por aquella tarde, una tarde que moría rápidamente. El cielo se había encapotado y no hacía falta tener precognición para adivinar que aquella noche iba a llover.

CAPITULO III

—Tendréis que disculpar a Evel —dijo mistress Grace Chapperton.
—¿Se encuentra peor? —preguntó Stevens.
Gladys, la doncella, apareció con la sopera dispuesta para servir la cena. Como debía haber oído las últimas palabras, intervino diciendo:
—Ha pasado toda la tarde en la cama y tiene una jaqueca muy mala. Pobre niña... En los últimos tiempos sufre unas jaquecas terribles, es como si se las enviara el mismísimo Satanás.
—Por favor, Gladys, no digas esas cosas, me asustas—protestó la madre. Norman, un tanto preocupado, objetó:
—A mí me ha parecido que esta tarde se encontraba mejor.
—¿Cómo, la has visto? —preguntó mistress Grace Chapperton—. Si no ha salido de su alcoba...
—Pues yo la he visto en un corredor —mintió Norman para no crear más problemas.
—Qué raro, si me parecía que no había salido de su alcoba —objetó ahora Gladys. Stevens intervino con una de sus habituales bromas que solían romper un momento difícil.
—Habrá sido el espíritu de Evel que vagaba por el corredor.
Norman prefirió permanecer en silencio el resto de la cena. Después, pasaron a la salita. La chimenea estaba encendida y las llamas tenían un influjo atrayente.
Stevens comenzó a fumar uno de sus clásicos cigarros. Norman había tomado una revista para leer un artículo que le interesaba.
—Norman...
—¿Hum?
—Te conozco y sé que no mientes.
—Gracias.
—Norman, tú has dicho que has visto a mi sobrina. ¿No es cierto?
—Sí, así es.
—Sin embargo, la madre y la doncella aseguran que Evel no ha salido de su cuarto.
—Sí, eso es lo extraño.
—¿Por qué?
—Porque yo he estado con Evel toda la tarde.
—¿Estás seguro?
—Segurísimo. Le había propuesto venirse conmigo y ha venido. Luego, la he traído de regreso a esta casa.
—¿Mistress Chapperton te ha visto salir o entrar?
—No, creo que no.
—¿Y la doncella?
—Creo que tampoco. Evel me ha pedido que la esperase en el coche y se ha

reunido conmigo. A la vuelta, mientras yo buscaba un estacionamiento, ella ha entrado en la casa.
—Sí que es raro. ¿Seguro que ha estado contigo?
—Claro, otros amigos míos han podido verla.
—Si hay testigos, lo que dices ya tiene peso; no obstante, ¿no te parece extraño que la madre y la doncella insistan en que no se ha movido de su alcoba?
—Sí, muy extraño. Quizá no han entrado en ella durante toda la tarde y han pensado que Evel estaba allí, durmiendo.
—Es muy raro todo esto. Mi prima se pone nerviosa cuando se le habla de ciertos fenómenos.
—Si no pensara en la posibilidad de que mistress Grace y la doncella pueden no haberla visto, llegaría a creer que hay dos Evel.
—Sería magnífico —opinó Stevens tras dar una larga chupada a su grueso y oloroso cigarro.
—¿Magnífico, por qué?
—Verás, Norman, yo he elegido esta casona para alojarnos por varios motivos.
—Supongo que es más económico alojarse aquí que en un hotel.
—Esa es una de las razones, luego está que disponemos de una biblioteca engrosada con el paso de los siglos. Tenemos esta salita para recepciones íntimas y un salón para dar cabida a mucha gente. Hay un teléfono a nuestra disposición con el cual nos podemos comunicar con los personajes interesados en las paraciencias.
—Sí, todo eso lo comprendo.
—Pero, hay más, Norman.
—¿Fenómenos paranormales?
—Sí, ya te hablé algo de ello.
—En todas las familias se cuentan historias más o menos inexplicables, especialmente historias de aparecidos.
–Eso ocurre más en las familias que cuidan mucho su árbol genealógico, familias cuyo nombre permanece durante siglos.
—¿Como los Chapperton?
—Así es. —Dio otra larga y parsimoniosa chupada a su cigarro. Miró como distraído la ceniza blanca y luego, sin mirar a Norman, clavando sus pupilas negras en las llamas de la chimenea que se reflejaron en ellas, preguntó—: ¿Sabías que Evel es la última de los Chapperton?
—No, no lo sabía.
—Así es, no hay ningún varón. Cuando Evel se case y tenga hijos, el apellido Chapperton morirá con ella y no con sus hijos porque ella lo ha heredado de su madre.
¿Comprendes?
—Bien, era la última de los Chapperton, ¿y qué?
—Para la dinastía de una familia, eso es importante, más importante de lo que

supones.
—¿Se ha quejado mistress Grace de este hecho?
—En absoluto, que yo sepa, al menos por ahora. En realidad, los culpables fueron sus padres por no tener un hijo varón. La familia se ha ido apagando incluso en su esplendor. Viven de sus rentas, pero no poseen la gran fortuna que llegaron a tener en otros tiempos. En realidad, los culpables del menoscabo de la fortuna familiar fueron el bisabuelo de Evel y el abuelo.
—¿Y el padre?
—No. En realidad, el dinero Chapperton lo han manejado siempre los propios Chapperton, nunca los consortes, eso lo tenían claro. El padre de Evel murió en un accidente aéreo.
—Pero, usted trata de decirme algo más.
—Así es, Norman. Estoy seguro de que en esta casa ocurren fenómenos paranormales y estoy utilizando la preparación del simposium para poder estudiar la casa sin que mi prima se asuste demasiado, ya que es muy pusilánime.
—Sigue ocultándome algo, ¿no es cierto?
—Puede. ¿Qué me responderías a la teoría de que los espíritus de una familia se niegan a disolverse en la nada?
—Eso no es parapsicología.
—¿Ah, no?
—No, eso es espiritismo. La intervención de los muertos o la invocación a los mismos.
—Bueno, yo no me tomo el espiritismo como una religión, aunque he de admitir que practiqué el espiritismo durante algún tiempo, más que por otra cosa para aprender.
—Hay mucho de fraude.
—Sí, mucho, casi un noventa por ciento, pero siempre queda un diez por ciento abierto a las más fantásticas posibilidades. Por supuesto que la mayoría de los espiritistas son embaucadores que van a buscar el dinero de los incautos. Esta circunstancia no se puede negar, pero hay hechos que son fantásticos.
—¿Y cree que en esta casa los va a encontrar?
—Sí, ya han comenzado a ocurrir.
—¿Ah, sí?
—Sí. Sólo tengo una sobrina llamada Evel Chapperton Himes, Evel Ch. Himes o, como dirían los latinos que colocan tras el nombre de pila el apellido paterno, Evel Himes. Nosotros, los anglosajones, anteponemos el apellido de la madre, aunque el valor se lo damos al del padre, es decir, al segundo apellido.
—Está claro —dijo Norman, como si acabara de oír una perogrullada.
—Evel se ha desdoblado. Estaba en la cama al mismo tiempo que salía de paseo contigo.
—Eso es mucho suponer. Puede que sólo sea una Evel, la madre y la doncella

habrán creído que dormía en la habitación.
—Si tú les contaras que has salido con Evel, ellas dirían que tú has creído salir con ella pero en realidad has salido con otra chica.
—¿Intenta gastarme una broma?
—En absoluto. Dices que puedes demostrar que Evel estaba contigo, ¿no es cierto?
—Sí, tengo testigos.
—Testigos que no conocían a Evel con anterioridad y que sólo saben que es Evel porque tú se lo has dicho.
—Si se les muestra una fotografía, podrían reconocerla sin lugar a dudas.
—¿Tú crees? La identificación por fotografía sólo sirve para seguir una pista, no para un jurado. Una foto puede ser mala o simplemente, en el momento que se ha visto a la persona que se desea identificar, ésta tenía jaqueca o se había tomado tres copas de más. Cualquier cosa puede cambiar un rostro y no digamos de un peinado y un buen maquillaje.
—¿Por qué trata de destruir lo que le digo, por qué se empeña en decir que Evel ha estado al mismo tiempo en su alcoba y conmigo?
—Quizá porque deseo creer en esa posibilidad. Busco algo fantástico, algo impresionante, algo que poder mostrar al mundo. Yo estaba seguro de que aquí encontraría algo, lo que ignoraba era cuáles podían ser las circunstancias desencadenantes. Ya ves que soy franco contigo, pero de lo que estamos hablando, ni una palabra a las Chapperton.
—Tengo la impresión de que me está proponiendo que me confabule con usted para aterrorizar a estas mujeres.
—No, no, confabular no y aterrorizar, menos. Se trata de estar atentos, de tomar notas y confrontarlas. Los fenómenos pueden surgir en la propia casa, lo mismo en una alcoba que en esta salita, en el desván o en el sótano, pero también puede que sean las personas. Evel, la última de los Chapperton, podría ser la médium.
—¿Una médium, seguro?
—Sí, sin que ella lo sepa, por supuesto.
—¿Y si lo supiera?
—Es un peligro que no debe correr.
—¿Por qué?
—Tú eres psicólogo y sabes que podría enloquecer.
—Si está equilibrada, no.
—Luego, admites que ella puede ser la médium.
—No admito nada.
—Eres escéptico y cartesiano, pero muy válido para no dejarse influenciar por los fenómenos que puedan ocurrir. Tengo en ti a un perfecto abogado del diablo.
—Celebro que lo vea así.
—La muchacha no parece estar muy firme mentalmente hablando. Recuerda el grito que ha dado.

—Sí, es mejor no decirle nada.

—Tampoco estamos seguros de que ocurra nada anormal. Nos faltan pruebas y yo quiero que tú seas el abogado del diablo que intente destruir todas las teorías que yo levante, todo lo que yo pueda observar y captar. Pretendo que la razón predomine por encima de las sensaciones, no quiero creer más de lo que realmente haya.

—Sabe que le acompaño en estas investigaciones porque me interesan, pero el primer día que acepté seguir a su lado en estas investigaciones de paraciencias ya le dije que si en alguna ocasión compruebo que en sus actuaciones o afirmaciones hay una falsedad, le dejaré.

—Y harás muy bien. Estoy contento de tenerte a mi lado y más ahora que parece que eres un catalizador de los fenómenos extraños que deben producirse en esta casa, en la residencia de los Chapperton. No sé si esa muchacha ha tenido problemas con anterioridad, pero si ahora han comenzado, hemos de congratularnos, aunque ya sabes que las mujeres, en su adolescencia, son hipersensibles. Ellas tienen más posibilidades de poseer propiedades paranormales.

Siguieron, hablando, derivando a otros temas. Lo que a Norman le preocupaba era la posibilidad de haber salido con una muchacha llamada Evel que no era ella en realidad.

Podía tratarse de un fenómeno inexplicable, algo fantástico, diabólico, o quizá no fuera más que una mala interpretación de aquella situación.

Recordó a Silvy y su sorpresivo ataque hepático y siguiente hospitalización... Después, la risa de Evel dentro del coche. Todo, todo daba que pensar.

CAPITULO IV

El «bus» se detuvo en la parada del bulevar frente al Star Shop Center.

Era ya de madrugada y todos los comercios estaban cerrados. Llovía con intensidad desde hacía más de una hora.

Las calles y paseos se hallaban solitarios y las farolas, despidiendo luz en derredor, se veían tristes, era como si llorasen quejumbrosas.

Lulu se apeó del vehículo al tiempo que desplegaba su paraguas transparente.

Llevaba calzado antilluvia, una gabardina roja y paraguas; sin embargo, sentía el ataque de la lluvia que la acosaba.

Su apartamento no estaba lejos, tenía que caminar unos cien pasos, quizá unos cuantos más, por la amplia acera, pero no tenía edificios donde guarecerse, pues pasaba junto a unos jardines públicos, ahora totalmente desiertos.

Lulu sentía desasosiego, estaba cansada y deseaba llegar a su pequeño apartamento, quitarse la ropa y darse un baño caliente que le quitara aquel frío de las postrimerías del otoño.

Aquel lugar siempre le había parecido muy agradable de recorrer. Los setos que separaban la calle del parque público no tenían más allá de tres o cuatro palmos de altura; sin embargo, en una noche tan hostil como aquélla, los cien pasos eran casi una tortura.

Un relámpago la cegó. Casi de inmediato, sonó el fragor del trueno que hizo temblar el suelo y vibrar su paraguas.

Tuvo la impresión de que el rayo le había caído encima; sin embargo, el rayo había sido absorbido por un pararrayos a doscientos metros de donde estaba.

El sorpresivo rayo la hizo detenerse y tuvo como una punzada de miedo. Lulu no se consideraba pusilánime con respecto a las tormentas, pero aquella que la envolvía en la casi soledad del bulevar le metió el temor en el cuerpo.

Los coches circulaban rápidos por el bulevar luchando contra la lluvia con sus faros y sus limpiaparabrisas.

Al volver la cabeza, pudo ver una espectral silueta humana a contraluz de un farol. La asustó, parecía haber salido de detrás de los setos.

Se había detenido un instante pero reanudó su caminar, acelerando el paso con la casi absoluta seguridad de ser seguida por aquel ser, fuera hombre o mujer.

No podía asegurar nada debido al agua que caía como una cortina distorsionante de la visión:

Se volvió y a través del propio paraguas transparente vio la silueta que semejaba tener una fosforescencia periférica.

Deseó encontrar a un guardia, a un patrullero de la policía, a alguien junto al cual sentirse más tranquila.

Su paso se convirtió en carrera. Había oído hablar demasiado de los asaltos a muchachas en la noche, asaltos que se transformaban en violaciones y en no pocas ocasiones morían sádicamente asesinadas.

Aquel ser difícil de describir, pues la noche y la lluvia torrencial, ahora con

abundancia de relámpagos y truenos impedía su perfecta descripción, la seguía.
Lulu corrió, el paraguas apenas podía cubrirla y notó en su rostro el azote de la lluvia.
Llegó al portal del vestíbulo de apartamentos, la luz semejó brindarle un halo de protección. Aquella sombra, apenas perceptible, se había detenido junto a la esquina del edificio de ocho plantas en el que abundaba el cristal y el acero.
Lulu logró abrir, controlando su nerviosismo, y cuando entraba en el vestíbulo, de reojo vio la sombra que iba tras ella. Se apresuró a cerrar la puerta y corrió hacia el ascensor. Lo llamó, oprimiendo el pulsador.
Sentía el agua en su rostro, en su cuello, enturbiaba sus ojos. Jadeaba, no sabía si era por miedo o por el esfuerzo de haber corrido.
Cuando abrió la puerta metálica del ascensor descubrió que la sombra estaba en el vestíbulo. Era realmente una sombra sin rostro, algo oscuro, tenebroso e indescifrable, un gran recorte de cartulina negra en el que previamente se había silueteado una figura humana sin precisar demasiado.
—No, no.
Lulu no comprendía cómo había podido entrar en el vestíbulo sin abrir la puerta de cristal y aluminio.
Se encerró en el ascensor y pulsó el botón que tenía el número cinco grabado.
El elevador se puso en marcha y sintió un gran alivio. Aquella máquina inventada por el hombre para evitarse subir y bajar peldaños la ayudaba a escapar de aquella cosa indescifrable que la perseguía.
Cuando el ascensor llegó al quinto piso y Lulu creía que iba a detenerse, prosiguió su recorrido ascendente. No entendiendo lo que ocurría, pulsó el botón de stop para detener la cabina, pero ésta no se paró cuando ella lo deseó, sino más arriba y, de súbito, volvió a ponerse en marcha para descender.
—No, no puede ser...
Golpeó la puerta metálica, pero era inútil, no podía escapar, estaba encerrada en la cabina del ascensor que parecía haber enloquecido.
Se detenía, subía, bajaba, todo bruscamente, hasta tal punto que la cabina pareció bailar dentro de sus guías.
—¡Socorro, quiero salir! —gritó, golpeando las paredes metálicas.
El ascensor sólo se detuvo al llegar al vestíbulo y a través de la alargada mirilla de la puerta pudo ver la sombra frente a ella. En aquel rostro sin facciones descubrió de pronto unos ojos grandes y luminosos, con una tonalidad que pasaba del rojo al amarillo.
La puerta parecía querer ser abierta desde el exterior. Lulu la sujetó con las puntas de sus dedos, sintió el dolor del forcejeo.
La puerta estaba a punto de abrirse. Los dedos negros y siniestros de aquel ser fantasmal se introducían por la abertura.
El terror se había apoderado de Lulu, los diabólicos dedos parecía que iban a lograr abrir la puerta, pero ésta se cerró y el ascensor se puso en marcha de

nuevo, elevándola.
—¡Socorro, socorro! —gemía más que gritaba. Ya no sabía si lo que empañaba su rostro era agua de lluvia o el sudor frío del miedo.
Como si alguien más poderoso que ella misma se hubiera dignado protegerla, el elevador se detuvo justo en la planta quinta. Le faltó tiempo para abrir las puertas y correr hacia su apartamento.
Miró hacia la escalera, no se veía a nadie. Una luz piloto iluminaba el rellano.
Lulu buscó en sus bolsillos la llave del apartamento, la encontró al fin y cuando iba a colocarla en la cerradura, de puro nerviosa, escapó de sus manos para caer al suelo.
Se inclinó para cogerla cuando la puerta del ascensor se cerró violentamente, dando un sonoro portazo que la sobrecogió y aún fue peor el constatar que el ascensor se ponía en marcha descendiendo al vestíbulo, allá donde había dejado al extraño ser.
Se apresuró a buscar la llave, pero ésta parecía querer colocarse por debajo de la puerta hacia el interior del apartamento. Era como si, de pronto, hubiese cobrado vida propia o una extraordinaria fuerza, magnética la atrajera desde, dentro de la vivienda.
—No, no.
La aprisionó con las yemas de los dedos, pero la fuerza que parecía atraer la llave era demasiado intensa y se le escapaba de los dedos.
Miró hacia el ascensor y se percató de que se había detenido; debía haber llegado ya a la planta.
La llave quedó encajada bajo la puerta porque la cadenita que la sujetaba no pasaba por el estrechísimo espacio que quedaba entre la puerta y el suelo.
—Dios mío, Dios mío, no, no...
El ascensor volvió a ponerse en marcha, ahora ascendente. Había recogido a alguien en la planta y subía, subía de forma infatigable.
Consiguió recuperar la llave con un gran esfuerzo y torpemente la introdujo en la cerradura, franqueándose la entrada. Cerró rápidamente y entonces oyó la puerta del ascensor abriéndose en el rellano.
Aseguró los cerrojos.
De pronto, un jarrón que tenía sobre una mesita cayó incomprensiblemente al suelo, rompiéndose. El agua y las flores que contenía se desparramaron.
Un viento en espiral paseó por una estantería, haciendo caer los libros. Levantó hojas y el tocadiscos se puso en marcha girando a más velocidad y produciendo una música hiriente y molesta.
Se apartó de la puerta y al caminar tuvo la impresión de que se hallaba en la cubierta de un barco en alta mar, en medio de una tempestad.
Todo se movía en torno suyo, o era ella la que había perdido totalmente el sentido del equilibrio.
Llegó junto al teléfono, lo agarró entre sus manos y lo descolgó. Al llevarse el auricular al oído, en vez de escuchar la señal de que tenía línea libre, oyó una voz distorsionada, una voz que le hablaba desde un lugar ignoto donde los

tonos se rompían.
—Lánzate por la ventana, lánzate por la ventana, será tu salvación, lánzate por la ventana...
—¡No, no!
Ahorquilló el teléfono violentamente, no quiso oír más aquella voz que estaba segura provenía del ser que la había estado siguiendo, un ser que suponía estaba aguardando detrás de la puerta y cuya visión la horrorizaba.
Miró hacia la ventana y ésta se abrió violentamente, de par en par. Los relámpagos quedaban visibles a los ojos de Lulu y el fragor de cada trueno la hacía estremecer.
—No, no quiero...
Una fuerza desconocida, quizá aquella especie de pequeño tornado que se había creado dentro del apartamento, la empujaba hacia la ventana.
Lulu se agarraba al sofá, pero los grandes almohadones se desprendían y no hallaba donde sujetarse.
Aquella fuerza invisible la empujaba más y más hacia la ventana hasta que llegó al alféizar y quedó contra él, agarrándose con las manos para no caer mientras la lluvia torrencial se abatía sobre su cabeza ahora desprotegida.
— ¡Socorro, auxilio! —suplicaba mientras la tormenta arreciaba.
Se sentía empujada a saltar por la ventana y se aferraba al alféizar, pero ignoraba cuánto más iba a resistir.
De pronto, en medio de los truenos, sonó el largo pitido de un policía.
—¡Socorro, auxilio, socorro! —gritaba con gran parte del cuerpo fuera, a punto de caer. No tardó en aparecer otro agente que le gritó desde la calle:
—¡Vuelva al interior, vuelva al interior!
La lluvia distorsionaba las palabras. Lulu las oía pero no conseguía obedecer la orden.
—¡Auxilio, ayúdenme!
Uno de los policías llegó hasta la puerta del apartamento, pero no pudo abrirla. La golpeó y fue inútil, era del tipo blindado antirrobos.
Lulu se aferraba desesperadamente al alféizar de la ventana, pero aquella fuerza invisible la empujaba inexorablemente hacia el vacío.
Pudo escuchar el ulular de una sirena y al poco se detenía junto a la acera un vehículo del cuerpo de bomberos. Un foco la iluminó y rápidamente extendieron la lona circular. Un montón de pares de ojos angustiados se clavaron en ella.
—¡Suéltese!
Lulu obedeció la orden y sintió el vértigo del vacío, el miedo de la caída, la velocidad. Después, el golpe amortiguado contra la lona y el mundo se desvaneció para ella.

CAPITULO V

Norman conducía su automóvil utilitario con precaución camino del Blood Hospital. Allí le aguardaban Morris, Robert y Olivia, los cuales tenían el gesto sombrío.

—¿Qué ha pasado en realidad? —preguntó Norman al verles.

—Bueno, como has preguntado, te lo hemos dicho —comenzó a hablar Morris— porque tú apenas la conocías.

—Sí, apenas, pero ¿qué le ha pasado? —insistió. Olivia se encargó de explicarle:

—Lulu se ha tirado por la ventana de su apartamento y vive en una quinta planta.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Se ha matado?

—No —denegó Robert. Olivia añadió:

—Llegaron los bomberos a tiempo y le pusieron la lona, pero, por lo visto, la caída no fue del todo buena y quedó conmocionada. Ahora está en observación. La familia de Lulu, como es lógico, está preocupada. Nosotros nos mantenemos un poco al margen, estamos aquí para verla si es posible, pero no debemos molestar.

—Claro, pero ¿tenía tendencia al suicidio?

—Que nosotros sepamos, no —respondió Olivia.

—¿Por qué lo habrá hecho? —se preguntó Norman a sí mismo, seguro de no hallar respuesta.

Robert contó con vaguedad:

—Parece que todo su apartamento estaba revuelto, como si en un ataque de locura hubiera querido romperlo todo.

—¿Había tomado drogas? Morris denegó con la cabeza.

—Son las primeras pruebas que le estarán haciendo —dijo Olivia.

—¡Norman!

Se volvió al oír que le interpelaban y de inmediato descubrió a quien le llamaba.

—Un momento —pidió a sus amigos, yendo al encuentro de Stevens que le aguardaba en el cruce de pasillos.

Seguía vistiendo como si se dispusiera a acudir a una sesión de gala de la ópera.

—Hola, Stevens.

—¿Qué haces aquí, muchacho?

—Estoy con unos amigos.

—Esto no es un pub, Norman, es el Blood Hospital.

—Sí, pero hay una muchacha que ha intentado suicidarse y que formaba parte del grupo de amigos que tengo en esta ciudad.

—¿Suicidio? —Suspiró profundamente—. Es demasiado normal por desgracia entre determinada juventud. Precisamente yo he venido a saludar a

mi amigo el doctor Potter, psiquiatra, nos graduamos juntos. Luego, él escogió medicina y yo, en fin...
—¿El doctor Potter, dice?
—Sí, ¿le conoces?
—No, pero es posible que él tenga que visitar a la muchacha por la que estoy aquí.
—Ah, sí, claro. ¿Cómo se llama ella?
—Lulu.
—¿Lulu? Lo recordaré y le preguntaré por ella.
—Esperaremos afuera. Si nos dice algo, se lo agradeceremos.
—¿Hay algún familiar suyo?
—No, son sus amigos.
—Bien, bien, veré qué se puede hacer. Ah, esta noche tenemos que hacer una visita a un personaje muy interesante.
Norman no tuvo tiempo de preguntarle de qué personaje se trataba. Stevens se alejó con su ropa anacrónica, pero que impresionaba. Cualquiera de los médicos que iban de un lado a otro, al verle podía pensar que se trataba de alguien importante arrancado por una urgencia de algún lugar no menos importante.
Norman regresó junto a sus amigos y les explicó:
—Colaboro con ese hombre, él conoce al psiquiatra doctor Potter y si es él quien se ocupa de Lulu, pronto sabremos algo.
—Es un tipo muy especial tu amigo, ¿no? —preguntó Morris.
—Sí, es un poco histriónico en su forma de vestir, pero es muy inteligente.
—¿En qué colaboras con él? —le preguntó Olivia.
Norman se sintió atraído por los ojos glaucos de aquella muchacha de cabellos claros. Hundió su mirada en las pupilas femeninas y respondió:
—En el estudio de las paraciencias.
—¿Te interesan esas fantasmadas? —se burló Robert.
—Sí.
Morris observó:
—¿Cómo es posible, siendo tú un tipo licenciado en psicología y embarcado en otros estudios?
—Esos otros estudios aún no están terminados y precisamente por ser escéptico me interesan. Quiero analizar algunos casos que se presenten en las llamadas paraciencias para ver si es posible integrarlos en las ciencias reconocidas.
—¿Son ciertos esos fenómenos como doblar cucharas, levitar o hablar idiomas desconocidos?
—Hay mucho charlatán y mucho embaucador, pero también hay fenómenos ciertos, lo malo es que son de muy rara repetición y algunos que tratan de repetirlos falsean la situación.
—Pero ¿eso da dinero? —inquirió Robert.
—Por ahora, que yo sepa, sólo a los embaucadores; a los estudiosos de

verdad, no.
—Y tu amigo, ¿de qué vive?
A la pregunta de Olivia, Norman respondió:
—Tiene rentas propias. No es un hombre rico, pero si se mueve dentro de sus límites económicos no tiene problemas.
—¿Y tú? —preguntó Morris.
—Yo tengo una beca para mi tesina. Vivo de ella casi como un clochard, pero cuando la termine y me doctore en física, entonces buscaré dónde ganarme el alpiste, aunque mi interés se encamina hacia la investigación.
—A los que estudian todo eso de la parapsicología y paraciencias se les considera charlatanes —observó Robert.
Norman admitió:
—Es posible. Ahora estoy haciendo mi tesis doctoral y cuando la termine tendré más conocimiento de causa para juzgarlos.
—¿No te consideras uno de ellos? —preguntó Olivia.
—No, no soy uno de ellos. Estoy como ayudante del hombre que habéis visto porque a través de él obtengo todos los datos que me son necesarios para mi tesis doctoral. Tened en cuenta que por basar mi tesina sobre fenómenos de las paraciencias, el claustro examinador va a ser muchísimo más riguroso conmigo.
Todos comprendieron las razones expuestas por Norman. Olivia, con su instinto femenino, captó que él no deseaba que se le hicieran demasiadas preguntas al respecto y desvió la conversación.
—Silvy se encuentra mucho mejor.
—Pronto podremos reunirnos todos para tomar unas copas —dijo Morris. Se encaró con Norman para preguntarle—: Y aquella chica que trajiste, ¿te acuestas con ella?
Olivia carraspeó, increpándole.
—Eres un bruto, Morris.
—No, no me acuesto con ella —confesó Norman— y casi la conozco tan bien como vosotros.
—Pero te alojas en su casa, ¿no?
—Si, es cierto.
—¿Y en medio de una noche tormentosa no has hecho de gato por las habitaciones? Ya sabes, miau, miau, que me como el conejo, miau miau, que ya estoy aquí.
—No le hagas mucho caso, Norman —le pidió Olivia—, aunque ya debes conocerlo mucho mejor que yo.
—Si, claro que le conozco, hay que aceptarlo como es.
—¿Y la chica?
—Mira, te voy a dar su número de teléfono y si tanto quieres saber de ella, la llamas. ¿De acuerdo?
—De acuerdo. Olivia, ya sabes que soy un gato estupendo.
—Lo que eres es un bobo sin remedio.

Se fueron a la cafetería y poco más tarde apareció Stevens.
—Disculpadme —pidió Norman, yendo a reunirse con Stevens. Este, al verle, le puso la mano sobre el hombro y le dijo:
—Norman, esa muchacha está loca.
—¿Loca?
—Bueno, no es el término exacto que ha empleado el doctor Potter, ya sabes que en estos casos y hablando con personas que no son sus colegas emplean eufemismos, pero por lo que me ha dicho, está loca.
—¿Seguro?
—Sí, ella cuenta que la perseguía un fantasma negro, un fantasma negro y de noche. No se debe ver, en cambio ella asegura que lo vio y que además tenía ojos. Que le removió todo el apartamento y la obligó a tirarse por la ventana.
—¿Hay alguna posibilidad de que en esa historia haya algo de cierto?
—Ni yo que estoy metido en el mundo de las paraciencias y también he andado entre espiritistas me lo creo.
—¿Y qué sucederá ahora?
—Pues que la tendrán algún tiempo en observación y hasta es posible que la internen en alguna clínica psiquiátrica. Le buscarán los complejos de la niñez y terminarán descubriendo quién es ese fantasma de su subconsciente.
—Muy freudiano, ¿no?
—Sí, muy freudiano, pero es así. Quizá tiempo atrás, hace meses o años, tomó drogas duras y ha quedado algo tocada del cerebro. Yo sólo te cuento cómo están las cosas para esa chica, mejor sería que la dejarais en paz. Me ha dicho el doctor Potter que ella no para de repetir histéricamente la historia del fantasma negro que la perseguía, ya sabes, la mayoría de las mujeres se sienten acosadas por un fantasma que las quiere violar. Puro miedo al sexo debido a algo que pudo ocurrirle en la niñez o por una mala educación sexual.
Norman comprendió que respecto a Lulu no iba a sacar mucho a Stevens y optó por dejarlo y regresar junto a los demás para contarles lo que ya sabía.
Robert terminó diciendo:
—...Y menos mal que en la caída no se partió el cuello.
—Estaba la lona de los bomberos —recordó Olivia. Robert replicó:
—Pese a la lona, una mala caída podía partirle el cuello. Algunas contusiones tendrá, quizá algún hueso roto.
—Eso es, un brazo y una pierna —dijo Stevens que al acercarse había oído las últimas palabras.

CAPITULO VI

Norman descubrió el patio de la residencia de los Chapperton, un patio que se hallaba en la parte posterior del edificio y rodeado por otras casas que lo dominaban desde sus ventanas, aunque allí crecían algunos abedules de altura considerable.

Desde la calle se llegaba a aquel patio a través de una especie de túnel amplio por el que antiguamente debían pasar los carruajes que pertenecían a los Chapperton o a sus invitados.

En la actualidad, dicho túnel se utilizaba como garaje y durante la noche se recogían en él los coches de Stevens y Norman.

En el patio se abrían varias puertas. Una daba a la carbonera que tampoco se empleaba como tal, ya que allí se había instalado un tanque de gas-oil que se utilizaba para la calefacción.

Otra puerta daba al sótano, una tercera a la cocina y la principal a un vestíbulo que a su vez comunicaba con el salón de la planta noble.

—¿Buscas algo?

Le sorprendió la voz femenina. Evel estaba en el umbral de la puerta de la cocina.

—Hola —se le acercó—. Es una casa grandiosa para estar dentro de la ciudad. Cualquier día os propondrán venderla.

—Ya lo han hecho.

—¿No interesaba el precio?

—El precio era alto, tengo que admitirlo, pero lo que querían no interesaba.

—¿No?

—No.

—¿Qué querían?

—Demoler la casa.

—Eso es bastante usual. Aquí quedaría un solar muy bueno para construir todo un edificio.

—Sí, la superficie total es considerable, pero esta casa no se demolerá mientras haya un Chapperton vivo.

Norman se le había ido acercando hasta quedar a apenas un paso. Evel, pese a la proximidad del hombre, no retrocedió.

—¿Tú eres la última de los Chapperton?

—Supongo que te lo ha dicho mi tío.

—Sí, me lo ha contado. ¿Crees que es tan importante que continúe o no el nombre Chapperton?

—Cuando se tiene el mismo nombre por siglos, lo es.

—A mí me parece que eso os quita libertad, no os deja ser vosotros mismos. Los que os sometéis a la esclavitud de un apellido sois menos libres.

—¿Habla el psicólogo?

—Un poco.

—Para mí, el nombre no pesa, al contrario, es un orgullo y a la vez una tristeza. Tenía que haber sido varón, pero la naturaleza hizo esa mala jugada a los Chapperton.
—¿Te molesta ser mujer?
—No, si la pregunta lleva veneno, pero sí en cuanto a que significa que conmigo morirá el apellido.
—En realidad ya moría con tu madre; aunque hubieras sido varón no cambiarían las cosas.
—A pesar de todo, aún quedaba la posibilidad de una generación más. En cambio, conmigo...
—Opino que moriría también.
—De acuerdo, dejémoslo así.
Norman pensó que Evel parecía disgustada.
—¿Te molesta mi presencia en la casa? —le preguntó rectamente.
—No, no me molesta.
De súbito, a Norman se le ocurrió preguntar, como sin haberlo pensado antes:
—¿Qué sabes de Lulu?
—¿Lulu?
—Sí, Lulu, la amiga de Morris y Robert.
—No sé de quién me hablas.
—¿No te acuerdas de Morris y Robert, mis amigos?
—No. ¿Por qué tendría que acordarme?
—¿No recuerdas que te llevé al pub Class?
—¿Tratas de embromarme?
Norman escrutó el rostro de Evel, un rostro hermoso, pero ahora con el rictus de quien sufre una jaqueca o una tensión que podía estallar en cualquier momento.
—¿Quieres que salgamos a dar una vuelta? Ante aquella inesperada propuesta, Evel vaciló y quiso refugiarse en la casa como si en ella fuera a encontrar fuerzas, pero la mano del hombre tomó su diestra.
—Es que ahora...
—Sólo será un rato, salir de la casa no te irá mal.
—Está bien, pero sólo un rato. He pasado un día con jaqueca, quizá eso me haga parecer más antipática.
—No eres antipática. Estás en tu casa y yo soy un invítalo, un huésped, un intruso. Evel esbozó una sonrisa.
—Está bien, voy un momento a cambiarme.
—Te espero en el coche.
Evel tardó más de media hora en aparecer. Norman se dispuso a ser paciente, pero cuando la vio, parpadeó extrañado. Vestía una ropa negra ajustadísima, con algunos detalles en rojo.
Su cintura, sus caderas y especialmente sus pechos quedaban tan ceñidos que la ropa parecía una segunda piel. Excitaba mirarla y ella parecía darse cuenta de ello a juzgar por sus miradas burlonas y su sonrisa de suficiencia. Llevaba

un gabardina oscura en el brazo que no llegó a ponerse.
—¿Qué es eso que cuelga de tu collar? —preguntó Norman clavando su mirada entre los punzantes pechos.
—Es un amuleto, ya sabes, un simple adorno. No me gustan las joyas, entre otras cosas porque atraen a los ladrones.
Norman puso el coche en marcha y llevó a Evel al pub donde sabía encontraría a sus amigos, aunque ahora faltaba Silvy y Lulu. La primera estaba ya con sus padres, reponiéndose, pero la segunda seguía en el hospital.
—Hola. Conocéis a Evel, ¿verdad?
—Claro que nos conocemos —dijo la propia Evel.
Morris silbó de admiración, sin recato frente al cuerpo ondulante de Evel.
Olivia apretó los dientes. Se daba cuenta de que Evel atraía a los hombres con una sensualidad que casi resultaba insultante. Cada movimiento era una provocación y, pese a ello sus gestos no se notaban forzados sino naturales.
Olivia captó que las miradas de los tres hombres convergían en el cuerpo poderosamente atractivo de Evel y pensó que si ella desapareciera en aquel momento, ninguno lo notaría.
—¿Cómo se encuentra Silvy? —preguntó, poniendo calor y sensualidad también en la voz.
—Bien, bien, aunque imagino que si estuviera aquí volvería a tener otro ataque de hígado.
—¿Ah, sí, por qué, querida?
—Olivia es también muy bromista —dijo Morris. Después se encaró con Norman—. Chico, tienes una suerte que podría calificar de brutal.
—Vamos, Morris, no digas tonterías —le replicó Norman.
—La verdad, Evel, si te presentaras a un concurso de belleza y el jurado estuviera compuesto por sátiros sibaritas, ganarías.
—Qué ocurrencia.
—¿Qué es este fetiche? —preguntó Morris alargando los dedos para tocarlo y acercándolos al máximo a los pechos de Evel que no pareció rechazarle.
—No sé, lo compré en un bazar, me cae bien.
—Pero ¿qué significa?
—Supongo que nada.
—Parecen pedacitos de hueso.
—Serán imitaciones de plástico.
Olivia opinó:
—Yo diría que hasta las cuentas del collar son de hueso.
—¿Y qué más da que sean de hueso o de madera? —preguntó Evel.
—La verdad es que da igual —aceptó Morris.
Olivia, molesta por la presencia y las actitudes de Evel, insistió.
—Puede que sean huesos humanos.
Todos la miraron, incluida Evel cuyos ojos se transformaron, unos ojos que los tres hombres no vieron, pero sí pudo observarlos Olivia que tuvo un ramalazo de miedo. Todo había sido muy rápido y Evel volvió a

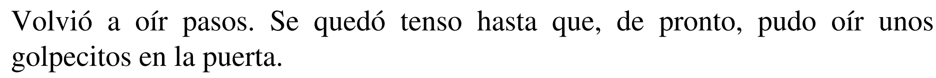
transformarse en la mujer fuertemente sensual.
—Qué tontería, huesos humanos.
—Quién sabe, los hay que hacen fetiches con huesos humanos robándolos previamente de los cementerios.
—Pues no me importa, no vais a conseguir que me lo quite.
—¿Siempre lo llevas? —preguntó Olivia.
En aquel instante, Norman captó que se había entablado una especie de rivalidad entre las dos mujeres.
—¿Siempre? Qué tontería. Después de todo, no hace mucho que lo tengo.
—Si me dices dónde lo encontraste, me compraré yo uno, así tendré fijas las miradas de los hombres en mis huesecillos.
Morris, que estaba muy pendiente de los prominentes senos de Evel, se apartó un poco, sonriendo.
—A mí lo que me da la impresión es de que hay algo que nos trae mala suerte — comentó Robert.
Morris inquirió:
—¿Mala suerte, por qué?
—Silvy enfermó súbitamente, Lulu parece haberse vuelto loca y por poco se mata al arrojarse por la ventana. Veremos quién será el próximo.
Olivia observó:
—Lo dices como si estuviéramos predestinados y pronto otro de nosotros fuera a sufrir un percance.
—¿Creéis en la mala suerte? —preguntó Norman.
—¿Es una pregunta para tu tesina? —interrogó Morris a su vez.
—Quizá sirva, aunque las encuestas han de ser más rigurosas para resultar fiables.
—Yo sí creo en la mala suerte —respondió Robert.
—Yo también —admitió Olivia.
—Pues yo prefiero creer en la buena suerte —dijo Morris, más optimista.
—¿Y tú, Evel?
Evel tardó en responder. Se movió en su acostumbrada forma sensual y al fin dijo:
—Yo creo en el poder de los más fuertes sobre los más débiles, no sé si a eso se le llama mala suerte.
Morris objetó:
—¿Y qué tiene que ver esa respuesta con la pregunta que hemos hecho?
—Pues, quizá la mala suerte de algunos no es más que debilidad. Los fuertes superan su mala suerte.
—Me parece una teoría razonada —admitió Norman—. Se puede estar de acuerdo o no con ella, pero ahí queda.
—Quizá los que dicen tener mala suerte es que siempre están temiendo que nada les salga bien —opinó Olivia.
Morris propuso:
—¿Por qué no hablamos de otro tema menos fúnebre?

—Podríamos ir a bailar —aceptó Evel.
—Eso, ¿por qué no ir a bailar, Norman? Tú no te vas a poner celoso porque baile con tu amiguita, ¿verdad?
—En absoluto.
—Para mí mucho mejor, me quedaré con los dos más interesantes —dijo Olivia.
—Eh, ¿y yo qué, es que no soy interesante? —preguntó Morris, falsamente ofendido. Fueron a una discoteca. Morris se puso a bailar con Evel y Olivia se sintió muy a gusto entre los brazos de Norman mientras Robert se quedaba en la mesa con gesto aburrido.
—¿De veras no te acuestas con ella? —preguntó Olivia en tono suave.
Norman, que bailando una pieza lenta mantenía a Olivia abrazada a él, le respondió también en tono suave:
—No, no me acuesto con ella.
—¿Se lo has propuesto?
—Qué interés más morboso tienes.
—Sí, soy un poco tonta. La verdad es que tú no eres como Robert y mucho menos como Morris.
—¿Ah, no, en qué soy diferente? —preguntó Norman, ahora mirándola a la cara.
Ella tocó con sus labios los del hombre, fue una caricia rápida pero no huidiza.
—Tú eres más inteligente.
—¿Estás segura?
—Sí, porque los conozco.
—Pues a mi apenas me conoces.
—Digamos que tengo ojo clínico.
—¿Quiere eso decir que la inteligente eres tú?
—Al descubrir la sensualidad en el cuerpo de Evel, he pensado que no era tan bonita como yo creía. Ahora me queda el recurso de refugiarme en mi supuesta inteligencia.
—La verdad es que tu respuesta sí es inteligente.
—¿Así que me crees fea?
—Esperaba esa pregunta... Hablas con falsa naturalidad, Olivia, tiendes una trampa para obligarme a decirte lo que tú deseas que yo diga.
—Nos estamos liando en un juego de palabras.
—Yo tengo algo más simple que preguntar.
—¿El qué?
—¿Te parecería bien una cama para los dos?
Olivia se lo quedó mirando. Achicó sus ojos glaucos, escrutó el rostro del hombre como si lo estuviera midiendo mientras sus labios parecían sonreír ligeramente y al fin respondió con otra pregunta:
—¿Por una noche o por mucho tiempo?

CAPITULO VII

Olivia había conseguido impresionar a Norman, pero éste no había dicho nada delante de los demás para no hacerlo notar. Se separaron tarde.
Norman propuso a Olivia acompañarla hasta su casa, pero la joven le dijo que no era necesario, que tenía su propio cochecito.
Durante el trayecto de regreso, Norman observó a Evel de reojo. La veía satisfecha, sonriente.
Tenía que admitir que en nada se parecía aquella Evel a la que había visto en otros momentos en la casa de los Chapperton. Allí, Evel parecía una muchacha modesta, algo retraída, una muchacha con tristeza dentro del cuerpo y también algo de temor. En cambio, la Evel que viajaba a su lado era una mujer muy segura de sí misma, de sus encantos.
—Tengo la impresión de que te estás haciendo una pregunta respecto a mí —le dijo Evel de súbito.
—Es posible —admitió el hombre.
—¿Puedo saberla? Si se refiere a mis defectos o atractivos, puedo oírla y prometo no enfadarme si es negativa.
—¿Te ha propuesto Morris que te acuestes con él?
Evel se rió ligeramente antes de asentir.
—Sí.
Norman siguió conduciendo, no parecía dispuesto a preguntar nada más, pero Evel le provocó:
—¿Ya has saciado tu curiosidad?
—Si insistes...
—Adelante.
—¿Qué le has respondido a Morris?
—¿Te importa?
—No lo sé.
—Norman, no sé si pensar que eres un hombre frío o bien que prefieres a las mosquitas muertas como Olivia.
—Olivia es una buena chica.
—¿Y yo no? —replicó de inmediato.
—Supongo que sí, apenas te conozco, aunque tú pareces tener otra forma de enfocar la vida.
—No me había dado cuenta. ¿Y cómo crees tú que enfoco yo la vida?
—Tú eres vitalmente sensual, por no decir sexual.
—¿Me crees una zorra o una ninfómana? —preguntó entre desafiante y burlona, en medio de una risita que en cualquier momento podía desaparecer para dejar paso a una cierta agresividad.
—Ni lo uno ni lo otro, sólo que noto en ti ciertas transformaciones que me sorprenden.
—Las mujeres que no consiguen sorprender continuamente a los hombres

resultan aburridas.
—Si, puede ser. Bueno, ya hemos llegado.
Al encararse con la puerta que servía de túnel para llegar hasta el patio interior y que utilizaban como garaje, Evel se apeó. Abrió la puerta y Norman introdujo el coche.
Cuando llamó a la muchacha, ésta ya no estaba y el hombre se limitó a cerrar el vehículo.
Observó que Stevens no había llegado. Pasó al interior de la casa y se encontró con mistress Grace Chapperton.
—¿Has cenado?
—Bueno, no tengo apetito.
—Menos mal, Gladys y yo hemos cenado en la cocina.
—Quizá Evel sí quiera cenar —opinó Norman.
—¿Evel? Oh, no, ha pasado muy mala tarde en la cama, con una jaqueca terrible. No podía ni hablar.
—¿Seguro que estaba en la cama?
—Claro.
—¿Puedo ver a Evel?
—¿Verla? Si está en la cama, se encuentra mal. Estoy preocupada, el doctor dice que no es nada, que necesita un reconstituyente y que está demasiado mimada, pero ella no se rehace. Hay tardes y noches que no puede ni hablar.
—Me gustaría verla, charlar un poco con ella.
—Imposible.
—¿Imposible, por qué?
—Se ha cerrado con llave, es muy rara a veces. Se encuentra tan mal que no quiere que la molesten, incluso a mí no me deja que la vea. Estoy pensando en buscar otro médico. Desde que murió su padre, Evel se ha mostrado muy rara.
Norman quedó preocupado, era evidente que no hablaban de la misma persona.
Tenía que comentar lo ocurrido con Stevens, pero éste no se hallaba en la casa, posiblemente estuviera visitando a algún colega estudioso de las paraciencias.
Leyó unas revistas especializadas y luego se acostó para dormir.
Tuvo pesadillas desagradables, pesadillas que no logró descifrar. Despertó súbitamente, como si acabara de oír pasos.
La alcoba estaba a oscuras, entraba una débil claridad por la ventana, procedente de la calle.
En la habitación no había nadie. La puerta estaba cerrada, pero olía mal. Norman estaba seguro de que olía muy mal, era un hedor que no quiso calificar.
Se llevó las manos al estómago con sensación de hambre, el hambre propia de un cuerpo joven que precisa alimentarse.
«He tenido pesadillas por hambre», se dijo. Miró su reloj luminoso.
«Las tres y siete minutos, no parece que llueva.»


Volvió a oír pasos. Se quedó tenso hasta que, de pronto, pudo oír unos golpecitos en la puerta.
—Adelante.
—Disculpa, Norman, es que te llaman por teléfono.
—¿A mí?
—Sí.
—¿Quién?
—Dice que es un amigo. Se llama Robert y es urgente.
—Voy en seguida.
Saltó de la cama cubriéndose con un batín, mistress Grace le señaló el teléfono y luego le dejó solo.
—Espero que no sea nada malo.
—¿Robert?
—Norman, ¿puedes, puedes venir? —preguntó, dubitativo.
—¿Ahora?
—Sí, ya sé la hora que es, pero te necesito.
—¿Qué diablos pasa?
—Ven, ven, ya te contaré.
—Le dio la dirección.
Norman fue a vestirse, estaba de malhumor, el estómago seguía doliéndole. No encontró a mistress Grace Chapperton, pero al pasar por delante de la puerta de la alcoba de Evel, se detuvo.
Acercó su mano a la manecilla y trató de abrirla con suavidad, pero no pudo, estaba cerrada con llave. Pegó su oído a la puerta y escuchó una respiración ronca y profunda, pero demasiado ruidosa, una respiración que no le gustó.
Bajó las escaleras y por la puerta que daba acceso al túnel convertido en garaje, pasó a éste y abrió el portón. Todo le parecía muy raro, en el ambiente flotaba algo que no conseguía describir.
No conocía bien aquella población, relativamente pequeña para la gran ciudad a la que estaba acostumbrado, pero merced a los datos que le diera Robert no tardó en encontrar la dirección.
Robert, excitado, le esperaba en el portal del edificio y al descubrirle le hizo gestos con la mano.
—¿Qué es lo que pasa?
—Ven, ven conmigo.
Le hizo subir por una escalera amplia que se estrechaba después. Al principio, los peldaños eran de mármol, luego de losetas y al final, de madera.
Aquel edificio de construcción antigua no disponía de ascensor, pero estaba bien situado; distaba mucho de ser moderno o relativamente moderno como el apartamento de Lulu.
—Verás, tenemos esta buhardilla alquilada entre Morris y yo. Ganamos menos dinero de lo que parece o nos lo gastamos muy de prisa, no sé, el caso es que vivimos aquí los dos, o vivíamos, temo que voy a volverme loco.
—Ya está bien, Robert, pareces más histérico que una mujer.

—Pasa, pasa.

Le hizo entrar en la buhardilla que resultó más amplia de lo que pudiera suponerse en principio. Estaba decorada con cierto gusto, había confort y arte allí dentro, a Norman le pareció muy especial.

—Esto parece un nido de ligues.

—No bromees ahora. Es cierto que aquí nos lo hemos pasado bien Morris y yo, pero... —Abrió una puerta.

Ante Norman quedó una alcoba fuertemente iluminada con luz blanca, una alcoba muy moderna, casi futurista por sus contrastes de colores.

En el centro había una ancha cama digna de ser expuesta en un escaparate. En su cabezal y en las mesitas adosadas había incorporado un equipo electrónico de alta fidelidad, pero los ojos de Norman se clavaron en las ropas ensangrentadas.

Allí había un cuerpo humano decapitado, pero en el cuello no había un corte limpio, aquello parecía la obra de una fiera salvaje y monstruosa.

El cuerpo estaba lleno de cortes y arañazos, había sangre por todas partes, pero la cabeza de aquel ser horriblemente decapitado no se veía por parte alguna.

—¿Qué es esto? —balbuceó Norman.

—Estoy asustado. Tú siempre has sido un tipo más asentado, tú sabes tomar decisiones.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, de verdad, no lo sé. Morris me dijo que no estorbara, que tenía el mejor plan de su vida, ya me entiendes, quería ligarse a una mujer. Morris tiene más suerte con las chicas que yo y aquí ha traído a unas cuantas. Yo he llamado por teléfono desde el pub y al ver que no respondía he pensado que podía venir y me he encontrado con esto. ¿Qué hago, Norman, qué hago?

Norman cogió a su amigo por el brazo.

—¿Estás seguro de que es Morris? —le preguntó—. Faltando la cabeza...

—Sí, es él, seguro, es él.

—Pues no hay otra solución que llamar a la policía.

—Sí, claro, pero ¿qué pasará?

—Buscarán al culpable de esta salvajada, esto sólo puede ser obra de un loco o de una fiera que obedezca a un loco.

—Esto es monstruoso, Norman, monstruoso, te juro que todavía no se me han pasado las náuseas. He vomitado, creía volverme loco. He pensado que sólo podía hablar contigo.

—Pues, llamaremos a la policía.

—¿Te acuerdas —dijo, fuera ya de la habitación—, que comentamos quién sería el próximo?

—Sí.

—Ha sido Morris. ¿Qué está pasando, Norman, qué está pasando?

—Lo ignoro, pero sin duda es algo grave.

—¿Tú también crees que lo de Silvy y Lulu tiene algo que ver con esto?

—No lo sé. No hay que dejarse llevar por las emociones. La policía es fría y racional, ella decidirá.
—Pero ¿qué les digo?
—Lo que has encontrado y lo que sepas sobre el ligue de Morris.
—Es que no sé nada, no me ha dicho nada. Se reía, decía que era un secreto y que ya me lo contaría.
Norman, por precaución, no tocó nada con los dedos. Luego, se encaró con Robert y le dijo:
—Un ataque de hígado no tiene nada que ver con esto y tampoco el intento de suicidio de Lulu. Ella está ahora en el hospital, con una pierna y un brazo roto.
—Norman, Norman, esto no es un crimen normal.
—No, no lo es y deja que sea la policía quien lo resuelva. Ah, no digas nada sobre mí, estoy de paso en esta ciudad, sólo por unos días y un forastero siempre es sospechoso. No me metas en líos, llámame cuando sepas algo. Yo aquí, ahora, no puedo resolver nada. Tú eres un hombre, enfréntate a la situación y llama a la policía, no has de temer nada.
Mañana, los periódicos de la ciudad hablarán de esto y de mí, tendré problemas con mi familia.
—¿Acaso dependes de ella?
—¡Sí! —gritó—. Apenas gano nada...
—Comprendo, y te vienen bien los cheques mensuales de la familia, así se puede vivir en libertad, con las espaldas cubiertas.
—Tú tampoco trabajas —replicó molesto.
—Hacer una tesis doctoral, con una carrera terminada y a punto de terminar otra, es trabajar. Si me han concedido una beca es porque me la he ganado, pero esa beca acabará dentro de cuatro meses y entonces me buscaré un trabajo, dos o siete, no viviré a costa de la familia.
—Está bien, está bien, tú siempre has sido más fuerte, perdona, estoy muy nervioso. Todo iba bien entre los amigos, vivíamos sin problemas, cambiando de chicas y de pronto, empiezan a llover desgracias. No lo comprendo.
—La vida es así. Todo va bien hasta que, no sabes por qué, cambias de carril y todo va mal. No obstante, nada tienes que temer. Se hablará de ti, es lógico, pero eso pasará, Refúgiate en la casa de tus padres, explícales tu historia, les pides perdón, les dices que volverás a ser un buen chico y te pasas por la peluquería. Hasta tendrás más éxito entre las chicas de la ciudad por tu mala fama. Por cierto, ¿y Olivia?
—Olivia, ¿qué pasa con ella?
—¿Qué ha sido para vosotros?
—Nada.
—¿Nada? —insistió, interesado.
—Es amiga de Lulu, un día vino con ella. Morris quiso llevársela a la cama, pero no lo consiguió.
– ¿Y tú?
—Menos.

Norman consiguió sentar a Robert junto al teléfono. Le obligó a marcar y cuando le oyó hablar con la policía, le dejó, saliendo de la casa.

CAPITULO VIII

Norman hubiera preferido no regresar aquella noche a la residencia de los Chapperton. Dejó el coche en el túnel-garaje y cuando se disponía a entrar en la casa, se encontró frente a una figura femenina. La tenía a contraluz y apenas podía verle el rostro, pero supo que era Evel.

—¿Qué haces aquí?

—Esperar.

—¿Qué?

—Tu regreso. Otro, en tu lugar, estaría contento.

Siempre a contraluz, la mujer avanzó hacia él, se contoneaba de una forma terriblemente sensual. Pasó sus manos por detrás del cuello masculino y acercó su boca para besarle.

Aquellos labios eran puro fuego. Norman la miró y descubrió unos ojos grandes que comenzaron a cambiar de color.

***

Despertó con la sensación de haber dormido muy profundamente; sin embargo, tenía una ligera jaqueca. Intentó recordar y no consiguió otra cosa que aumentar su dolor.

Se removió en la cama y su zurda notó algo, algo que cogió entre sus dedos y que estaba entre las sábanas.

—El collar del fetiche, el amuleto hecho con huesecillos...

—Parece que tenías mucho sueño —le comentó Stevens que estaba en la mesa a punto de almorzar, cuando Norman ni siquiera había desayunado aquel día.

—Es extraño, nunca he tenido un sueño tan pesado como el de esta noche.

—Grace me ha contado que tuviste que salir por una llamada urgente.

—Es cierto —admitió Norman, evitando hacer comentarios para no verse obligado a dar más explicaciones.

—¿Sabes cuál es la historia del día, y me refiero a esta ciudad concretamente?

—No, aún no he leído el periódico.

—La muerte de un joven calavera. La policía no ha encontrado la cabeza y, por lo visto, su cuerpo presentaba heridas horribles, más propias del ataque de un oso o una pantera que del ataque de otro ser humano.

—Es una noticia horrible.

—Se llamaba Morris Brennan. Por cierto, ¿un amigo tuyo no se llamaba Morris?

—¿Morris Brennan, dice?

—Sí.

—Pues, es él.

—Vaya, entonces será peor para ti.

—Naturalmente, déjeme ver ese periódico.

—Toma. Por cierto, ¿tu salida nocturna tenía alguna relación con tus amigos?

Norman no respondió, devoraba la noticia impresa en grandes titulares.
—Tendré que hacer algunas llamadas —dijo.
—La policía andará metida en este asunto hasta el cuello, una muerte así afecta a toda la ciudad.
—Espero que encuentren al asesino.
—Yo también, pero ¿de veras no sabes nada, Norman?
—¿Qué tendría que saber?
Aquella especie de mago y hombre de mundo que era Stevens se encogió de hombros.
—No sé. Por cierto, esta tarde tenemos una reunión interesantísima en la residencia Church.
—¿De Richard Church?
—Sí.
—Tengo muchas ganas de conocerlo, sus trabajos siempre me han interesado. Deseo comprobar si es un hombre honesto un charlatán embaucador como tantos otros.
—Yo opino que Richard Church es de los honestos. Me dijo que nos prepararía algo especial.
—¿Como qué?
—Confiemos que sea algo digno de los artículos que escribe en las revistas. Estamos invitados a cenar en su residencia.
—No me lo había dicho.
—Es que no me has dado tiempo, Norman.
Quedó con Stevens para ir a la residencia de Richard Church. Después, hizo una llamada a Olivia y acordaron encontrarse en una cafetería.
Llegó antes y aguardó la llegada de la muchacha mientras a través de un ventanal veía cómo comenzaba a lloviznar lentamente.
La lluvia se fue transformando en aguanieve. El invierno prometía ser muy frío, el otoño moría y un gélido sudario no tardaría en cubrir la ciudad.
—Hola —saludó Olivia. Se veía pálida pese al suave maquillaje—. ¿Cómo ha podido ser?
—¿Has hablado con Robert?
—No, no me he atrevido. He pensado que la policía estaba en su apartamento y no quiero que mi nombre salga en este caso, máxime cuando se asegura que Morris recibía visitas femeninas que carecían de prejuicios. En fin, no soy una burguesita, pero no quiero que me salpique un asunto en el que no he participado. Yo no fui una de las conquistas Morris.
—¿Y Silvy?
—La he visitado esta mañana, está en su casa y mejor mucho. Se puso un poco amarilla de piel, dicen que mejorará aunque ella está preocupada por eso.
—¿Sabía algo de lo de Morris?
—No, aún no había salido la noticia en los periódicos parece que no ha escuchado la radio.

—¿Te preocupa?
—A estas horas, si oye el transistor, Silvy ya sabrá lo ocurrido.
—Sí, sí lo oye.
—Esperemos que no empeore.
—La que no lo sabrá será Lulu.
—Menos mal.
—¿Crees que existe una relación entre los tres casos —preguntó Olivia, buscando una respuesta en aquel hombre en el que ya confiaba.
—No lo sé. Es fácil decir que sí, pero no es bueno creer rápidamente, hay que razonar.
—Tú estás haciendo tu tesina sobre hechos extraños inexplicables, ¿verdad?
—Sí. .
—¿Y no es inexplicable lo ocurrido?
—Esperemos a ver si la policía encuentra una solució lógica. Puede tratarse de un asesino que sea sádico.
—¿Supones que será un hombre?
—¿Lo dices por una posible homosexualidad de Morris?
—Ha sido en la cama y estaba desnudo, eso dice el periódico.
—Pudieron tenderle una trampa. Una mujer puede llevar detrás a otro hombre o a un animal que luego actúe y si me apuras, hasta puede ser ella misma.
—Por lo que dice el periódico, una mujer carece de 1a fuerza necesaria para llevar a cabo la salvajada que le han hecho a Morris.
—Una mujer, sí, pero si utilizara garras de acero sería distinto, muy distinto, o garfios múltiples. Primero se golpea a la víctima y después, como si estuviera en el matadero.
—Me produce horror sólo pensarlo.
—El hallazgo de la cabeza esclarecería mucho el caso; en la cabeza podrían descubrir si había golpes que yo creo que seguro los habrá. Y respecto a la autopsia, lo mismo dará que haya muerto por haber sido decapitado que por fractura de cráneo u otro motivo. También investigarán en su estómago y sangre buscando si había tomado algo especial.
—¿Drogas?
—Posiblemente.
—Estoy asustada.
—Robert también lo está.
—¿Lo has visto? —preguntó ella, vivamente interesada.
—Sí, pero yo, lo mismo que tú, no deseo que mi nombre salga en los periódicos sin que haya motivo para ello.
—¿Y qué harán con Robert?
—Interrogarlo.
—¿Sospecharán de él?
—Seguro, el que descubre un cadáver siempre es sospechoso, pero ser sospechoso no significa ser culpable.
—Claro, claro, Robert sería incapaz de una cosa semejante.

—En ese punto, yo no estoy tan de acuerdo.
—¿Cómo, crees que Robert podía haberlo hecho?
—Una salvajada como ésa, en un momento dado, puede cometerla Robert, tú o cualquier otro, incluyéndome a mí, depende de cómo estés mentalmente. Ten en cuenta que los locos se niegan a ser considerados locos y si alguien no les dijera que son locos o mejor, psicópatas,
no llegarían a saber que lo son. Basta que te encierren en una clínica mental para que sepas
que te consideran un loco y si alguien te lleva a la consulta de un psiquiatra, recelas.
—Sí, cualquiera puede ser un loco.
—Y además, están... —se calló.
—Dilo, ¿están, quiénes?
—Los fenómenos extraños e inexplicables.
—Tú sabes algo más, ¿verdad?
—No, no sé más.
—Pero, sospechas.
—Si tuviera motivos razonables para sospechar, cogería el teléfono y llamaría a la policía, pero no, no los tengo.
—Sin embargo, intuyes algo.
—No me hagas más preguntas, Olivia, simplemente creo que existen.
Norman alargó sus manos para coger las de la muchacha. Eran las femeninas unas manos de dedos largos y blancos, bien diferenciados entre sí.
—Olivia, yo deseo creer que no existe una relación entre los tres sucesos, pero si esa relación fuera cierta, no quiero que te suceda nada.
—¿Crees que yo puedo ser la siguiente víctima?
—Tú, Robert o yo mismo.
—¿Y por qué no Evel?
—¿Evel?
—Sí, Evel. ¿Te has fijado la mirada que tiene en ciertos momentos?
—No sé, no me he dado cuenta —dijo, dubitativo.
—Parece la mirada de una fiera.
—No sigas, Olivia, no sigas, podríamos cometer un error irreparable. Evel no se encuentra bien.
—¿Ah, no, qué le pasa?
—Según su madre, padece jaquecas muy fuertes.
—Cuando la hemos visto, no lo parecía.
—Sí, eso he pensado yo también.
—Pero ¿sospechas de ella?
—Por favor, Olivia, no insistas, debemos tener cierto cuidado.
—¿Con qué?
—No lo sé, pero hemos de recelar. Según Lulu, fue perseguida por un fantasma o sombra negra en la que únicamente destacaban los ojos y que poseía extrañas facultades. El psiquiatra lo ha calificado de locura transitoria

porque no cree lo que ella explica, pero si fuera verdad...
—¿Que existe ese ser sin rostro, sólo con ojos?
—Sí, un ser con poderes suficientes para mover el ascensor a voluntad y obligar a Lulu a lanzarse ella misma por la ventana sería terriblemente peligroso.
—¿De verdad crees que hay seres con poderes de esa clase?
—Lo ignoro, es lo que estoy investigando.
—Y si averiguas algo, ¿qué harás?
—No lo sé, te juro que no lo sé. Sería una locura por mi parte acudir a la policía para contarle fenómenos extraños que estoy seguro no podría demostrar jamás. Y ahora, ¿qué te parece si hablamos un poco más de ti y de mí?
—¿De ti y de mí? —repitió ella sin apartar sus manos de las del hombre, dejándose coger mientras el aguanieve seguía entristeciendo el asfalto de la calle.

CAPITULO IX

La residencia de Richard Church resultó una mansión regia ubicada al norte de la ciudad.
En su ala oeste, el muro que circundaba la finca y que era de bloques de piedra con cuatro siglos de historia por lo menos, era lamido en su parte exterior por las aguas del río que en la noche discurrían negras, casi siniestras.
El cielo se hallaba totalmente cubierto y seguía cayendo aguanieve, unos copos aguados que ni siquiera cuajaban en el aire.
La mansión estaba rodeada de jardines en los que destacaban árboles y arbustos de hoja perenne, esencialmente coníferas. En aquel lugar la humedad debía ser muy alta.
La hierba que lo cubría todo era espesa, esponjosa, pisarla era como hollar una esponja marina repleta de agua. Las hiedras se encaramaban por todas partes como larguísimís tentáculos emergiendo de la tierra.
Aquella mansión debía tener su pequeño cementerio familiar en la parte posterior y más reservada, aunque posiblemente ya no se sepultaba a nadie en él.
—Un lugar ideal para estudiar los fenómenos parapsicológicos que la ciencia rechaza — opinó Stevens.
—Sí, un lugar ideal para que se produzcan fenómenos paranormales, aunque la residencia Chapperton también lo es
—Sí, pero está más metida en el centro de la ciudad.
—Cuando se cierran las puertas ya no importa.
—Por cierto, ¿qué tal está Evel?
—No lo sé, la puerta de su habitación continúa cerrada y su madre no me deja verla.
—Mi sobrina es un poco especial, ¿no crees?
—Sí, sí lo es.
—¿Qué tal la teoría del desdoblamiento?
—No he podido comprobarla. Además, ¿cómo habría que interpretarla?
Poco más tarde, el mismísimo Richard Church intentaba responder a idéntica pregunta.
—Puede admitirse la hipótesis de que un sujeto haga un viaje astral, lo que quiere decir que su cuerpo físico queda dormido o inconsciente en un lugar determinado mientras su cuerpo astral se traslada.
—¿Otros seres pueden llegar a ver ese cuerpo astral? —preguntó Norman.
—Hay quienes aseguran haberlo visto.
Richard Church descendía de una familia noble, pero su línea genealógica, desde hacía más de diez generaciones, no tenía derecho a ningún título nobiliario; sin embargo, la fortuna no les había vuelto la espalda y el dinero se notaba en el confort de aquella mansión.
El había sido abogado y más tarde, juez. En la actualidad se encontraba

jubilado en razón a su edad y tenía hijos y nietos también abogados que mantenían abierto el tradicional bufete familiar, ubicado en el centro de la ciudad.
Richard Church era un hombre delgado, casi magro. Poseía cabellos muy blancos y unos ojos azules saltones. Vestía con elegante severidad. Llegaba tan sólo a algo más del hombro de Norman, su estatura era media baja.
—Joven, también existe —siguió diciendo con un énfasis parsimonioso que calaba en quienes le escuchaban— la hipótesis de algunas sectas espiritistas.
—¿Y cuál es? —interrogó Stevens que mantenía su pose de hombre que va a la ópera en el siglo diecinueve, frac, camisa y puños níveos.
—El regreso de un espíritu o espectro que toma el cuerpo de alguien viviente y se mueve dentro de él, con la personalidad y mentalidad del muerto. Insisto en que esto sólo es una hipótesis espiritista, el apoderamiento de un cuerpo vivo por un ser muerto.
—Esa teoría puede estar muy bien, pero yo pregunto: ¿Cómo pueden estar dos cuerpos iguales en lugares distintos al mismo tiempo?
—Si el muerto se apodera del cuerpo del vivo y se traslada adonde mejor convenga, dejará el espíritu del vivo donde quiera, siempre que el espíritu de ese ser vivo sea más débil e inferior al espíritu del muerto.
—Un espíritu no es un cuerpo, ¿cómo queda el espíritu débil del vivo?
—Pues —vaciló, acariciando su recortada barba cana – podría ser que dejara en su lugar su cuerpo muerto.
—El cuerpo de un muerto en nada podría parecerse al del vivo, la corrupción es inexorable.
—Sí, pero si quien lo ve está sugestionado creerá que ese cuerpo corrupto es el que había estado viendo antes y que corresponde al cuerpo que se ha llevado el espíritu muerto.
—Es un poco complicado de entender —opinó Stevens—, pero eso debe ser.
—Están muy interesados en ese asunto, por lo que veo —observó el juez Church.
—Mi colaborador está haciendo su tesina y quiere ahondar en todos los fenómenos que puedan producirse.
—¿Una tesina respecto a las paraciencias? Muy interesante, muy interesante y peligroso a la vez. Corre el riesgo de que le suspendan, joven; lo que sí es seguro es que por la temática elegida no le van a dar el cum laudem.
—Ya lo sé, pero yo no busco el cum laudem para alardear de poseerlo, sino que quiero hacer algo de lo que esté convencido yo mismo.
No fueron los únicos invitados a la cena, allí estaba también un matrimonio de edad amigos de Richard Church y una joven que no decía nada y que mantenía siempre una media sonrisa en su rostro. Tenía un rostro excesivamente redondo y unos ojos apagados.
Sin haber hablado con ella, Norman pensó que no era muy inteligente. En voz baja, Stevens le comentó:
—Claudine no es inglesa, ella es la dotada.

—¿Dotada, seguro?
—Bueno, ya sabes que los fenómenos paranormales no siempre son fácilmente repetibles.
También había allí dos mujeres cuarentonas que no cesaban de sonreír y hablar. En aquella cena, servida por una camarera y un criado, no había presente ningún familiar de míster Church.
Se comenzó hablando de las paraciencias y se continuó con temas intrascendentes.
La cena fue poco habitual, ya que el anfitrión se negó a comentar qué tipo de carne comían, cuál era la salsa que la aderezaba e incluso los frutos secos.
Todo era exótico y Norman se obligó a sí mismo a no preguntar y ni siquiera a tratar de adivinar de qué animal procedía aquella carne suave y blanquecina.
Comió sin querer saber más para no tener problemas.
Después, pasaron a la biblioteca. Norman admiró las paredes repletas de libros antiguos en su mayor parte. Posiblemente había allí un buen número de incunables.
Charlaron de fenómenos extraños de los que habían tenido noticias por terceras personas. El ambiente se caldeó y Claudine siguió sin decir nada.
Norman observó que se trataba de reposar la cena antes de entrar en materia.
Al fin entró un criado portando un candelabro con siete velas rojas encendidas. Apagó la luz eléctrica y quedaron iluminados por las velas rojas y el fuego de la chimenea,
—Bien, ha llegado el momento. Todos deseamos presenciar fenómenos extraños, fenómenos que la ciencia académica se niega a admitir y que a lo largo de nuestra cultura occidental han sido calificados como trucos de embaucadores y luego han sido llamados trucos de magos de feria, pero todos los que estamos aquí sabemos que esos fenómenos existen. Claudine es una dotada, claro que no siempre los experimentos tienen éxito.
Stevens observó en tono parsimonioso y suficiente a la vez:
—Los fenómenos paranormales no se pueden programar. Si pretende que la joven dotada realice un fenómeno ahora, se puede pensar que hay trucos y debemos admitir que existen trucos muy buenos, tanto que son imposibles de desenmascarar.
—No, no hay fraude.
—Si yo hubiera encontrado a una persona dotada como es Claudine para mostrar sus facultades paranormales, no habría conseguido más que animar a un grupo de amigos, pero especialmente a usted, Stevens, quería mostrarle algo más importante porque sé que lo puede entender. Además, mistress Iverson y mistress Holloway son directoras de revistas especializadas en estos temas y por tanto lo que voy a mostrar ahora es un importante descubrimiento, un éxito que enriquecerá mis estudios sobre las ciencias paranormales.
—Veamos cuál es el sistema para conseguir que un dotado paranormal pueda mostrar sus facultades en el momento en que se desee.
—Es muy sencillo. Tomen nota, van a vivir un gran momento. Claudine tiene

grandes facultades. La mesa está limpia, cualquiera de ustedes puede dejar algo sobre ella.
El propio Stevens puso uno de sus magníficos cigarros sobre la mesa.
—¿Está bien?
Richard Church, al que no gustaba que le llamaran juez, asintió. Encarándose con la muchacha dotada, dijo:
—Claudine tiene facultades de telekinesia, es capaz de mover objetos a distancia. Posee otras facultades, pero ésta es la más clara, demostrable y fascinante. —Se volvió hacia la muchacha que tenía cierta expresión de estupidez—. Claudine, concéntrate —le pidió—. Tienes un cigarro sobre la mesa, muévelo.
—La telekinesia no se ha podido demostrar si no es por acción espontánea —advirtió Stevens.
Todos miraron a Claudine y al cigarro, alternativamente. La muchacha parecía muy concentrada, pero el cigarro no se movía. Pasaron unos minutos tensos.
—Claudine, mírame a los ojos, mírame —ordenó Richard Church con voz suave y penetrante.
Todos pudieron ver como aquella joven de aire estúpido se encaraba con Richard Church; no había la menor resistencia en su rostro.
—Cierra los ojos, Claudine, ciérralos con suavidad, sin forzar tus párpados, ciérralos. Claudine obedeció y Richard Church, aquel anciano lleno de vigor, esencialmente mental, prosiguió:
—Me obedecerás porque yo deseo tu bien. Quiero que seas poderosa y me obedecerás, nada en tu mente se opondrá a ello. ¿Me oyes, Claudine?
—Sí.
—¿Quién soy yo, Claudine?
—Mi amo.
—¿Cómo me llamo?
—Church, el amo Church.
—¿Hasta dónde me obedecerás, Claudine?
—Hasta la muerte si me lo pide, mi amo.
—¡Basta! —cortó Stevens, irritado—. Lo que hace es una hipnosis rechazable porque domina y somete a la hipnotizada.
—No interrumpa, Stevens. Estoy a punto de enseñarles algo que aún no se ha podido mostrar a los hombres, a la ciencia, al mundo entero. Yo puedo demostrar de lo que es capaz un cerebro dotado como el que posee Claudine.
—No la trata como a un ser humano y libre, sino como a una esclava.
—Déjense de prejuicios estúpidos. La esclavitud ha sido considerada situación normal entre los hombres durante milenios, hace sólo unas pocas generaciones que la esclavitud fue abolida. Claudine me obedece y no lleva grilletes en sus manos ni en sus pies. Por favor, no sean estúpidos y cálmense.
Stevens insistió:
—Utilizar a una joven en estado de hipnosis es correr un riesgo muy grande.
—Soy consciente de todos los riesgos que ella puede correr. Si no es capaz de

presenciar lo que pretendo mostrarles, levántese y váyase de mi mansión, Stevens. Creí que era usted un hombre más inteligente. Sólo convierto a Claudine en esclava de mi mente por unos minutos. Hasta ahora hemos vivido en la oscuridad, en las catacumbas, hemos permanecido ignorantes de los verdaderos poderes que nuestras mentes poseen, poderes que no se consiguen invocando a Satán ni a nadie del Más Allá. Esas facultades están dentro de nuestros cerebros, sólo tenemos que saber utilizarlas. Hemos desoído la forma de emplearlas, pero de vez en cuando surgen seres dotados como Claudine y ellos sí pueden usar esos poderes que todos los hombres algún día hemos soñado con poseer, poderes que han sido descritos en libros, en las historias, incluso en los cómics. ¿Qué joven no ha soñado algún día con ser un Superman?

—No diga estupideces, juez Church —replicó Stevens.

Los demás asistentes permanecían callados en aquella polémica que se había tornado muy dura.

—Esa mujer no tiene un alto coeficiente de inteligencia. A simple vista yo diría que está por debajo de la media normal.

—Eso es cierto, pero ¿acaso no ha leído la literatura de las paraciencias? Ha habido sorprendentes matemáticos que han sido perfectos idiotas, idiotas clínicos, pero capaces de desafiar a una calculadora electrónica. Claudine no tiene muy evolucionadas algunas partes de su cerebro, pero otras sí son excepcionales, precisamente las áreas cerebrales, las circunvoluciones que nosotros no sabemos emplear ni estimular. Y lo demostraré ahora mismo si dejan de interrumpir. Cuando la demostración haya terminado, digan lo que quieran, denúncienme si les place. Después de todo, el poder de las mentes de unos seres sobre otros es corriente en el mundo en que vivimos.

—Está bien, no le interrumpiré más —aceptó Stevens que en el fondo deseaba comprobar si el juez Church era capaz de que Claudine hiciera lo que se esperaba de ella.

Durante la discusión, Claudine había permanecido callada, con una sonrisa triste y apenas perceptible en su boca mientras los párpados permanecían cerrados.

—Claudine, ¿me oyes?

—Sí, amo Church.

—¿Sabes que hay un objeto sobre la mesa?

—Sí, amo Church.

—Haz que se mueva.

—Sí, amo Church.

Todos miraron el cigarro, iluminado por la luz de las velas rojas.

El cigarro grueso, de gran calidad, comenzó a moverse, a girar sobre sí mismo hasta elevarse como si fuera la hélice de un helicóptero.

Stevens se echó hacia atrás, un poco asustado, hasta que el cigarro quedó encajado en su boca.

—¿Lo han visto? ¿Han podido comprobar su poder telekinético?

Stevens, un tanto molesto, se quitó el cigarro de la boca para replicar:
—Muy bien, un truco impresionante, pero puede ser eso, un simple truco. Luz de velas, del fuego de la chimenea, el ambiente, rodeados de millares de libros que ocupan los anaqueles hasta el techo.
—Claudine, te ordeno que te eleves.
Ante aquella nueva orden, la muchacha levitó, desplazándose de la silla. Su cuerpo adquirió una cierta luminosidad y se elevó ante el asombro de los presentes hasta que llegó por encima de las cabezas de ellos y se deslizó por el aire colocándose en posición horizontal.
—Desciende sobre la mesa, Claudine, será tu lecho de reposo.
Una vez más, la joven obedeció al juez Church que la obligaba a realizar aquellos fenómenos paranormales en estado de hipnosis.
La cabeza femenina quedó cerca de donde se hallaban Stevens y Norman. Su cuerpo reposó sobre la larga mesa, quedando quieto y relajado. El candelabro servía de cabecera.
—Es asombroso —exclamó una de las directoras de revista.
—Acaban de presenciar el fenómeno de la levitación, fenómeno que según leyendas nunca comprobadas poseían algunos místicos de distintas religiones y que aún hoy día presumen de poseer los lamas tibetanos; sin embargo, aún puedo ofrecerles un fenómeno más sorprendente.
—¿Ah, sí, cuál? —inquirió Stevens que por todos los medios trataba de mantenerse escéptico.
—La transfiguración.
—Eso es imposible, si se entiende por transfiguración la capacidad de moldear el propio cuerpo, los huesos, las carnes y las grasas hasta cambiar de forma.
—Claudine es capaz de hacerlo —sentenció el juez Church, muy seguro de lo que decía—. Claro está, siempre bajo hipnosis. Estos fenómenos no los consigue a voluntad, ya que entonces podrían producirse en forma espontánea e incluso cuando ella misma no pudiera preverlo. Bajo hipnosis se establece la intercomunicación cerebral, todo su cerebro se pone en funcionamiento, se coordina y logra estos fenómenos que no están al alcance de los mortales.
—Si se transfigura —observó mistress Holloway— eso explicaría la leyenda del hombre-lobo o la mujer-pantera.
—Así es. A lo largo de la historia de la humanidad se ha sabido que determinados seres sobredotados se han transformado en animales durante un tiempo, adquiriendo su fuerza, su poder, sus cualidades físicas superiores a las del propio hombre y cuando digo «hombre», hablo en forma genérica porque lo mismo quiere decir hombre que mujer.
—¿En qué se va a transfigurar? —preguntó Norman.
—En lo que yo le ordene.
—Que sea algo que quede bien clara la transfiguración —pidió mistress Holloway.
—Claudine, ¿me oyes?
—Sí, mi amo Church.

—Quiero que te transformes, que tu cuerpo, que tu rostro sea el de la reina Isabel II de Inglaterra.
Se hizo un silencio impresionante y todos pudieron ver cómo el rostro de Claudine se transformaba, se iba avejentando. Cambió incluso el color de sus cabellos y sus huesos se hicieron más angulosos hasta que mistress Iverson exclamó:
—Dios mío, si es la misma reina de Inglaterra y no tengo aquí la máquina de fotografiar...
—No serviría de nada —replicó Stevens—. Podrían pensar que se trata de un muñeco de cera, nadie creería en esa fotografía.
—No importa, estos fenómenos pueden repetirse tantas veces como yo lo exija — aseguró el juez Church—. La mente de Claudine es capaz de automoldear sus huesos, sus carnes, sus grasas, sus venas y tendones. Tiene un poder total sobre sus células que se desplazan como su mente ordena, colocándose en distinto orden hasta completar la transfiguración deseada. Es impresionante, ¿verdad?
—¿Esta es la única transformación que puede conseguir? —preguntó Stevens haciendo un esfuerzo para seguir mostrándose frío.
—Puede transformarse en lo que yo le pida, pero no voy a pedir yo otra transformación porque pensarían que está preparada.
De súbito, Norman sacó algo que llevaba en su bolsillo. Era el collar del fetiche, un collar que en sí mismo constituía un amuleto de huesecillos trabajados. Lo elevó, suspendiéndolo encima del rostro de Claudine.
—¿Qué pretende con eso? —inquirió el juez Church.
—Si Claudine, si su dotada tiene poderes, que lo adivine —replicó Norman sin concesiones.
—Está bien. —El juez Church aceptó el desafío—. Claudine, lee su mente y complácele.
La que hasta aquel momento parecía la reina de Inglaterra, yaciendo en postura hierática sobre la mesa de la biblioteca e iluminada por el candelabro de siete velas rojas, se fue transfigurando de nuevo.
Era como si unas manos invisibles comenzaran a moldearla, no sólo su rostro sino todo su cuerpo.
Norman, con el collar suspendido sobre la cabeza de la muchacha, permanecía tenso, expectante. Fue Stevens quien exclamó en voz baja:
—Si es Evel...
—¿La reconocen? —preguntó el juez, añadiendo—: Porque yo no sé de quién hablan.
—Es Evel, mi sobrina, la última de la dinastía Chapperton.
—Ah, sí, los Chapperton, una familia de gran tradición en esta ciudad. Mis ancestros y los ancestros Chapperton estuvieron muy unidos. ¿Y dice que ella es la última Chapperton?
Norman fue quien vio más clara la transformación porque, en principio, era la Evel que Stevens conocía; pero después, aquella Evel se convirtió en la Evel

que Norman había llevado con sus amigos, una mujer de cuerpo excitantemente atractivo, de pechos grandes y provocativos, redondas caderas y estrecha cintura, una verdadera tentación sexual.
Al mismísimo Stevens se le hizo un nudo en la garganta. El vestido túnica que llevaba Claudine se pegaba a las formas corporales de Evel, si es que podía decirse que ella era Evel.
—Parece que la transfiguración no ha terminado —advirtió el juez Church.
La supuesta Evel levantó una mano y cogió la de Norman que sostenía el collar con el amuleto de huesecillos.
Pero la transfiguración prosiguió. La mujer fue envejeciendo rápidamente ante el horror de los presentes.
Norman trató de apartar su mano sin conseguirlo, ella le sujetaba con fuerza. Y detrás de la vejez, llegó la muerte.
Stevens no daba crédito a lo que sus ojos veían. Si una transfiguración normal podía resultar fantástica, aquello superaba todo lo imaginable.
Atónitos, pudieron observar que después de la supuesta muerte de aquel ser que yacía sobre la mesa de la biblioteca de la mansión del juez Church llegaba la corrupción, hasta el olor nauseabundo que les provocó náuseas.
Tuvieron que apartar sus miradas durante unos instantes para no ver los repugnantes gusanos que devoraban el cuerpo que se descomponía.
Todos se hallaban como atenazados en sus sillas, sin conseguir moverse, mientras el espectáculo más horrible que habían podido presenciar en su vida se desarrollaba ante sus ojos y al alcance de sus manos.
Un proceso que debía realizarse en meses se llevó a cabo en pocos momentos, apenas dos o tres minutos.
Después de la corrupción normal, se fue convirtiendo en esqueleto, un esqueleto amarillento que todavía conservaba cabellos y colgajos pútridos de piel.
La mano que sujetaba la de Norman era ya esquelética mientras el horror los inmovilizaba a todos, incluso al mismísimo juez Richard Church que no había llegado a pensar que aquella situación podía producirse.
Aquello superaba todos sus sueños y el horror era tan grande que sus ojos se habían agrandado y semejaban querer saltar de sus órbitas.
—Claudine, Claudine, vuelve a ti... Yo, tu amo Church, te lo ordeno. Basta, Claudine, basta —exigía angustiado, mas la terrorífica y dantesca transformación proseguía.
El esqueleto se convirtió entonces en una figura totalmente negra con sólo los perfiles de contorno. Donde habían estado las cuencas vacías aparecieron unos ojos rasgados, malignos, ojos que pasaron del amarillo al rojo y viceversa.
En aquel instante se produjo una mezcla de grito y aullido, algo que no podía compararse a nada conocido, pero que hirió los cerebros de quienes se encontraban en la biblioteca, penetrando por sus respectivos oídos.
De la figura misma, aquella figura diabólica que retenía la mano de Norman, nació un viento terrible y en espiral; era como un pequeño tornado, pero su

fuerza semejó querer succionarlos a todos.
Comenzaron a saltar los libros colocados en las paredes que componían la biblioteca. Pesados volúmenes caían desde lo alto mientras una especie de fragor les ensordecía, aturdiéndolos.
Comenzaron a cubrirse las cabezas con los brazos. Era una verdadera lluvia de libros convertidos en proyectiles.
Abandonaron sus sillas para buscar refugio en los rincones, bajo la mesa. Sólo Norman no pudo moverse, pero a él, ningún volumen le rozó.
Se apagaron las velas. Las mujeres chillaron de terror y dolor. La infernal situación no parecía que fuera a terminar nunca hasta que, atraídos por los ruidos, llegaron los criados de la casa.
Al ver la biblioteca a oscuras, encendieron la luz eléctrica que funcionó normalmente. El espectáculo que quedó a la vista de todos fue atroz.
Millares de pesados volúmenes aparecían esparcidos por el suelo y encima de las sillas, abiertos, rotos, caídos de canto.
Sobre la mesa yacía Claudine, inmóvil, hierática, pálida como una muerta, pero sin un solo rasguño en su cuerpo.
A sus pies estaba el juez Church. Su cabeza estaba aplastada contra la mesa. Por su boca, nariz y oídos había manado la sangre; estaba muerto.

CAPITULO X

—¿Qué ha dicho la policía? —preguntó Olivia a Norman.
—Nada, no dice nada porque no halla una explicación lógica a lo sucedido. Los periódicos publican que hubo un pequeño temblor de tierra, posiblemente por fallas bajo la propia mansión Church y que por ello se desprendieron los libros de las estanterías.
—¿Tú lo crees?
—No sé qué decir.
—Tú estabas allí.
—Fue como una sesión de espiritismo o algo parecido, ya no sé qué pensar ni qué decir.
—Sólo la chica llamada Claudine y tú no resultasteis afectados por la caída de libros,
¿verdad?
—Así es, ni a ella ni a mí nos dio ningún libro; sin embargo, al juez Church lo mataron. Eran libros antiguos, con herrajes metálicos, libros que pesaban varios kilos. A Stevens, ya sabes, el hombre al que acompaño, le partieron el brazo, dos falanges de la mano izquierda y múltiples magulladuras en cabeza y espalda.
—Supongo que la poderosa influencia de los Church en esta ciudad es la que impondrá a la opinión pública que lo que ha sucedido ha sido una falla en los cimientos por la proximidad del río o por alguna veta mineral que transmitió un temblor de tierra.
—Sí, y como en alguna parte del mundo siempre se están produciendo temblores de tierra, es posible admitir que uno de esos temblores llegue a un determinado punto a través de una veta más dura que actúa como transmisora.
—Pero, no es verdad.
—No, no lo es. Sin embargo, pese a haber estado allí, no sé con exactitud qué ocurrió.
—Toda la ciudad conoce cuáles eran las diversiones del juez Church. Su familia es demasiado importante y si la policía no puede demostrar que haya sido ninguno de vosotros...
—No, no ha podido demostrar nada. Se apagó la luz y ocurrió la tragedia; no obstante, nos han hecho un largo interrogatorio de dos días, aún no he vuelto por casa de los Chapperton.
—No, ¿y dónde has dormido?
—En un hotel.
—¿Por qué?
—No sé, he preferido no volver aún, tengo que poner en orden mis ideas.
—¿Te sientes confuso?
—Sí, mucho.
Norman le contó lo sucedido en la transfiguración. Cuando terminó, sin

haberle ocultado nada de lo que había presenciado y vivido en su propia carne, Olivia preguntó:
—¿Piensas que todo eso pudo ser cierto?
—Me temo que si. Siempre cabe la posibilidad de que hubiera trucos, pero Claudine se convirtió en Evel y luego, luego fue horrible.
—Sigues pensando que tiene que ver con lo ocurrido a Morris, ¿verdad?
—Es posible.
—¿Lo intuye la policía?
—No, por ahora no relaciona un caso con el otro. Por supuesto, en voz baja se comentará que fue una sesión de espiritistas, pero preferirán que no se airee demasiado.
—Y los demás, ¿qué opinan sobre lo ocurrido?
—Están confusos.
—¿Como tú?
—Puede, pero yo tengo más datos.
—Ellos no conocen a Evel.
—No, y el collar de huesecillos desapareció.
—Sí, eso has dado a entender, pero ¿cómo es que lo tenías tú?
Norman tardó en responder y al fin lo hizo de forma un tanto ambigua.
—Lo encontré casualmente y pensé que debía devolvérselo a Evel, pero como siempre está encerrada en su alcoba, no ha habido ocasión.
Olivia le miró, entre incrédula y escrutadora. Norman prefirió mirar el periódico que tenía frente a él sobre la mesa y desviando la atención, comentó:
—La pobre Claudine ha sido ingresada en una clínica psiquiátrica, al parecer por cuenta de la familia Church, para que los parientes de la chica no remuevan demasiado el asunto.
—¿Crees que se ha vuelto loca?
—Está hipnotizada.
—¿Y no consiguen despertarla?
—Es muy difícil. Estaba totalmente sometida al juez Church, era un vasallaje completo, una esclavitud mental fuera de lo normal. El juez ya no puede despertarla y no dio instrucciones a la muchacha para que despertara pasado un determinado tiempo. Su mente continúa en estado de absoluta obediencia a alguien que ya ha muerto y ella no puede darse cuenta. Sólo escucharía y atendería las palabras del juez Church.
—Es un problema terrible.
—Sí, se mantendrá hipnotizada quizá hasta la muerte. Su cerebro, por ahora, es incapaz de rebelarse. Se halla como en estado catatónico.
—Es horrible que esa joven haya quedado así.
—En realidad ya era un poco subnormal aunque excepcionalmente dotada para los fenómenos paranormales. La familia Church tratará de que este asunto se acalle y no cause problemas. No es el único caso en que una persona hipnotizada no vuelve a la realidad, lo que sucede es que los manicomios no

dan explicaciones a la opinión pública de los motivos que algunos internados tienen para haber acabado en esos centros.
—Es inaudito.
—Sí, lo es. La hipnosis es muy peligrosa. El hipnotizado cae bajo la autoridad del hipnotizador y si esa hipnosis se repite, la facilidad del hipnotizador para someter al hipnotizado aumenta hasta conseguir un total dominio sobre él.
—Lo tendré en cuenta por si se me presenta la ocasión.
—Mejor no lo olvides nunca.
—¿Y los poderes de Claudine?
—Si no está el juez Church para exigirlos, ya no se producirán.
—Pero ¿fueron ciertos?
—Me temo que sí, aunque ya son indemostrables.
—Todo lo que cuentas es terrorífico, Norman.
—Los fenómenos paranormales, cuando entran en la vertiente de metamorfosis macabras, se tornan terroríficos. Hay muchos casos en que mentes débiles en principio han enloquecido. Estos fenómenos hay que tratarlos con exquisito cuidado. Hay que estar muy seguro de la propia mente y de los propios nervios para no enloquecer en ciertos momentos en que todas las leyes que creíamos inamovibles cambian.
—Hablas como si creyeras en ellos.
—Sí, creo en esos fenómenos. Soy consciente de que el noventa por ciento de los que se producen son falsos, pero queda ese otro diez por ciento.
—Tengo miedo de pensar en ello:
—No me extraña. Robert está afectado de los nervios.
—Yo habría enloquecido si hubiese descubierto a Morris decapitado.
—¿Por qué no hablamos de otro tema, Olivia?
El rostro de la joven se enterneció, sus manos se movieron entre los dedos del hombre.
—Sí, es mejor hablar de otras cosas, pero el tema de actualidad es el terror. Fíjate, del grupo de amigos que éramos los que quedamos.
—No sigas, por favor, no sigas. Yo también trato de mantener mi mente fría, pero me cuesta.
—¿Qué deseas?
—Un poco de intimidad contigo.
—¿Un cine, por ejemplo?
—Me parece demasiado limitado, sólo puedes jugar a las caricias. Olivia sonrió suavemente. No le rechazaba, pero dijo:
—No vivo sola, estoy en casa de mis tíos.
—Podemos coger el coche y dar una vuelta.
—De acuerdo, no te preguntaré adonde.
—Mejor, porque no conozco esta ciudad.
Salieron de la cafetería. No llovía, pero el cielo seguía encapotado. El invierno que entraba a saltos sobre la ciudad prometía ser rigurosamente gélido.

El cochecito, siempre bien controlado, funcionó perfectamente. Se alejaron del centro de la ciudad. Comenzaba a oscurecer, pero detrás de las nubes se prometía un plenilunio que con su luz helada llegaría a atravesar la densa capa nubosa.
—Tuerce a la izquierda.
—¿Por lo que parece un parque?
—Sí, en realidad es un parque, un parque húmedo que está cerca del río. En invierno tiene pocos visitantes, es frío y cuando baja una riada fuerte se inunda, por eso crecen tanto los árboles y los setos. En verano resulta fresco y agradable.
—Imagino que las noches veraniegas se llenará de gente.
—Así es.
Se introdujo por el parque ubicado en la ribera del río.
No había verjas, puertas ni muros que limitaran el acceso, pero los caminos se diferenciaban entre los que eran de paseo y los que permitían el paso de vehículos.
Norman detuvo su automóvil entre un grupo de setos. Tras apagar el motor, dijo:
—No hay nadie por aquí.
—Nunca se sabe, siempre pueden haber niños esperando sorprender a alguna pareja demasiado ardorosa.
—¿Como nosotros?
—Tonto.
La besó, primero tan suavemente que los labios femeninos tuvieron la impresión de haber sido rozados por la panza suavemente emplumada de un gorrión.
Después, notó que sus labios se abrasaban y que la punta de la lengua de Norman se los entreabría, buscando el juego que ella aceptó.
Pasaron los minutos.
El mundo de las caricias era suyo. La soledad y la oscuridad les envolvió, era la muerte del día para dejar paso al mundo de las tinieblas.
Las aguas frías del río discurrían a poca distancia de donde estaban, pero eran silenciosas porque en aquel parque no rozaban contra nada y el cauce semejaba tan profundo que algunos decían que era insondable.
Olivia jadeaba. Las mejillas le ardían, tenía las ropas abiertas y los senos entre las manos del hombre que los acariciaban. Sus ojos, llenos de calor, brillaban de forma especial. Notaba el temblor de sus piernas a cada caricia que recibía en ellas.
—Norman... Norman...
—Te amo, te amo.
—Norman, mira, mira.
—¿Qué?
—Empieza a nevar.
Los copos pequeños caían sobre los cristales del coche, pegándose a ellos.


Poco a poco ocultaban la escasa visión que ya tenían de su entorno.
—Sí, nieva.
—Es la primera nevada de este invierno.
—Quizá cuando nos vayamos de aquí ya esté todo blanco; por el frío que hace y el aguanieve que ha caído estos días pasados es fácil que la nieve cuaje sobre la tierra.
—¿Se pondrá en marcha?
—¿El coche?
—Sí.
—No temas, la batería está fuerte y el motor caliente, se pondrá en marcha sin dificultades.
—¿No nos quedaremos congelados aquí dentro como en una nevera?
—¿Con el calor que los dos tenemos tú crees que nos vamos a enfriar? —preguntó él cínicamente.
Los copos de nieve siguieron cayendo como al ritmo de una música extraña, una música que venía del Más Allá, del fondo oscuro del río, de la negrura de los setos de hojas perennes, de debajo de la tierra misma.
—Por favor, Norman, no sigas, no sigas —suplicó Olivia sin fuerza, sin poder oponer resistencia.
Los dedos del hombre movieron un resorte y el asiento de la muchacha se inclinó hacia atrás. Ella se sintió caer boca arriba.
Se daba cuenta de que si quería resistir tenía que realizar un gran esfuerzo, un esfuerzo supremo al que se oponía su cuerpo joven, ardiente, excitado y tumultuoso como el discurrir de su sangre dentro de las venas.
Con los ojos abiertos y debido a la posición en que estaba, Olivia vio en el cristal de la luna posterior una mano oscura, tan oscura como un pozo sin fondo, como un ánima envilecida.
En el centro del cristal, cuando ya los copos de nieve habían sido apartados, divisó la silueta de un rostro y unos ojos grandes y rasgados, unos ojos que no parecían humanos, unos ojos de alimaña diabólica que cambiaban de color.
No pudo resistirlo y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.
Sus cuerdas vocales vibraron sin fallar. El terror le hizo tanto daño como si estuvieran hundiendo en su vientre un hierro candente.
—Olivia, Olivia, ¿qué te pasa?
Norman siguió la mirada desorbitada de la mujer y descubrió los ojos diabólicos al otro lado del cristal, unos ojos que ya conocía, unos ojos que recordaba haber visto en la residencia del juez Church y que habían traído consigo el terror, la muerte.
El coche comenzó a moverse con el motor parado, como si una fuerza lo empujara. Frente a ellos no se veía nada. El cristal del parabrisas estaba totalmente opaco por la nieve cuajada que se había pegado a él.
—¡Norman, Norman! —gritaba Olivia agarrándosele al brazo, presa de terror.
Norman accionó la llave del contacto sin resultado alguno. Insistió y no obtuvo respuesta, era como si hubieran arrancado los cables que partían de la

batería.
Le dio al limpiaparabrisas, tampoco funcionó y tras ellos seguían aquellos ojos diabólicos mientras el coche avanzaba. Los amortiguadores acusaban los baches del suelo del parque.
—¡Hay que salir de aquí!
—¡No! —gritó ella—. ¡No, yo no salgo!
Norman quiso enfrentarse a aquel ser demoníaco que les miraba desde el otro lado del cristal, pero la portezuela no se abrió, era como si la hubieran soldado con un soplete oxidrílico.
El coche se aceleró, siempre con el motor parado. De pronto, se movió mucho y fue como si cayeran sobre un inmenso colchón, pero Norman comprendió de inmediato lo que acababa de ocurrir.
—¡Hay que salir de aquí, hemos caído al río!
Tras ellos ya no estaban los ojos satánicos y el coche se deslizaba sin brusquedades, oscilando mientras el agua penetraba por las uniones de las puertas y otros agujeros que tenía el coche.
—¡Norman, Norman, no quiero morir! —sollozó Olivia.
Norman sacó el extintor contra incendios y con él golpeó la luna del parabrisas, astillándola primero y convirtiéndola en añicos después.
Se quitó la chaqueta y limpió los cristalitos. Ante ellos, la noche, la nieve que caía y las oscuras aguas del río.
—Hay que salir de aquí en seguida o nos ahogaremos.
—¿Cómo?
—Si nos mojamos, nos enfriaremos de tal modo que no podremos movernos y nos ahogaremos.
Norman salió por el hueco del cristal parabrisas, colocándose sobre el motor del coche.
Este se balanceó de tal forma que parecía que fuera a volcar.
Vio algo oscuro y lanzó sus manos hacia ello. Era la gruesa rama de un sauce que bañaba sus hojas alargadas en las mismísimas aguas.
Con el empeine del pie, Norman sujetó el coche por el nervio que unía el cristal del parabrisas y la portezuela. Tenía la impresión de que sus dedos iban a fallar mientras el agua entraba rápidamente en el coche y Olivia gritaba de terror.
Hizo un esfuerzo sobrehumano y con los pies logró acercar el coche a la orilla donde quedó trabado en el fango.
—¡Sal, Olivia, sal! ¡El coche puede hundirse o seguir a las aguas del río!
Olivia logró salir por el hueco dejado por el cristal parabrisas que ya no existía. Se agarró al cuerpo de Norman y mojándose hasta las rodillas mientras nevaba sobre sus cuerpos, consiguió llegar a tierra firme, si es que una tierra de fango resbaladizo podía llamarse así.
Norman soltó el coche, apartó sus pies de él y el vehículo se inclinó por el lado del río. Comenzó a hundirse rápidamente hasta desaparecer.
—Norman, Norman —sollozaba Olivia aterrorizada, sin saber qué hacer.

—¿Estás muy mojada? —preguntó él en medio de la oscuridad que apenas les dejaba ver. La nieve seguía cayéndoles encima.
—No lo sé —respondió ella, sollozando.
El pánico había desconectado su mente del resto del cuerpo. Norman optó por palparla y abrigarla y al notar sus piernas mojadas, comenzó a palmeárselas con fuerza.
—Me haces daño —se quejó la chica.
—Aguanta, es necesario que reacciones, el agua casi helada puede matarte. Ahora, dame la mano.
Le tendió la mano. El se la agarró con fuerza, ordenándole:
—Hay que correr, correr con ritmo, un ritmo que nuestra respiración pueda aguantar. Si nos quedamos quietos bajo la nieve y mojados, moriremos.
Olivia obedeció y cogidos de la mano recorrieron el parque hasta salir a la pista asfaltada.
Cuando vieron unas luces, comenzaron a bracear. Los faros se detuvieron, iluminándolos, era un furgón de reparto comercial.
—¿Qué pasa?
—Nuestro coche ha caído al río. ¿Puede llevarnos? —preguntó Norman.
—Vamos, arriba, se van a congelar bajo la nieve.

CAPITULO XI

Empuñó la manecilla, la movió, pero la puerta no cedió, parecía infranqueable. El mal olor escapaba por los resquicios.
—¿Qué haces aquí, Norman?
Se sobresaltó ligeramente, no esperaba la pregunta. Mistress Grace Chapperton acababa de subir por la escalera sin hacer ruido debido a que calzaba unas zapatillas con suela de goma esponjosa.
—Quería preguntarle a Evel cómo se encuentra.
—Mal, hijo, mal. Estas terribles jaquecas no la dejan vivir.
—¿Han hecho venir a otro doctor?
—No, no hace falta —denegó—. El médico de la familia ya nos dijo lo que Evel debía tomar. Será pasajero, pronto se repondrá.
Norman no parecía conforme con las palabras de mistress Grace, una mujer que hablaba sin energía.
—Sin embargo, la jaqueca le dura demasiado.
—Eso de las jaquecas es tradicional en los Chapperton.
—Si yo pudiera ayudarla en algo... Soy psicólogo.
—No creo. Además, los médicos jóvenes nunca saben suficiente y menos de las enfermedades que tenemos las mujeres.
—No soy médico, mistress Grace, soy psicólogo. En cuanto a la jaqueca, no es patrimonio exclusivo de la mujer.
—¿Por qué no me acompañas a ver a Stevens? El pobre sí que está quebrantado.
Norman miró la puerta, se resistía a alejarse de ella. Estaba seguro de que el misterio de cuanto ocurría estaba allí dentro.
La habitación de Stevens estaba tres puertas más adelante, en el mismo corredor. Llamaron y tras oír la respuesta del propio Stevens, entraron.
—Hombre, ya es hora de que vengas a verme —recriminó a Norman.
—¿Cómo va el brazo?
—Duele, y también los dedos rotos y las magulladuras de la cabeza.
—¿Traigo más calmantes? —preguntó mistress Grace.
—No, no es necesario, una charla con Norman será mi mejor analgésico. ¿No es cierto, Norman?
—Ojalá sea así.
—Entonces, os dejo. Si deseáis algo, que venga a decírmelo Norman. Esta noche, Gladys preparará una sopa de pescado. ¿Podrás comerla con cuchara, primo?
—Sí, pero tráete también un macarrón por si tengo que sorberla como si fuera una mosca.
Cuando se quedaron a solas, Stevens preguntó:
—¿Cómo va todo? He recibido muchas llamadas, menos mal que esta alcoba tiene teléfono.

—La noche pasada por poco me mata.
—¿Quién? —preguntó Stevens, intrigado y sorprendido a la vez.
—El ser que mató al juez Church.
—No desvaríes, muchacho, fue un temblor de los cimientos de la casa que hizo caer los libros de las estanterías. El río baja demasiado lleno.
—Usted sabe que eso no es verdad. Me imagino que los herederos de la familia Church le han llamado para que se calle.
—No te consiento que me digas eso.
—¿Que no me consiente? Acabo de decirle que ayer noche por poco morimos la chica que venía conmigo y yo.
—¿Quién es esa chica?
—Olivia, ¿no la conoce? —Le contó sucintamente lo ocurrido y terminó diciendo—: Ella está ahora con fiebre en su casa, espero que no haya cogido una pulmonía.
—¿Y tú?
—Algunos estornudos, nada más por el momento.
Stevens permaneció un tiempo pensativo mientras Norman se acercaba a la ventana para ver el patio. Al fin, preguntó:
—¿De verdad piensas que es el mismo ser?
—Sí, y tiene mucho que ver con Evel.
—¿Crees que se podrá demostrar?
—No lo sé. Su habitación permanece cerrada y forzarla sería grave. —De súbito, exclamó—; ¡Ya está!
—¿El qué está?
Abrió la ventana para mirar al exterior. Stevens protestó.
—¡Vas a matarme de una pulmonía!
Norman se subió al alféizar de la ventana y arriesgándose a caer al vacío, dijo:
—Ahora vuelvo.
—Eh, espera. ¿Estás loco?
Stevens saltó de la cama pese a sus dolores y se acercó a la ventana para mirar. Hacía frío, mucho frío. En el patio había nieve, no lo cubría todo, pero había un manto blanco que se acumulaba especialmente en los rincones.
Norman, sin querer pensar en el peligro, avanzó por la cornisa. Sus talones quedaban en el aire y se aseguraba con las puntas de los pies mientras sus dedos se aferraban a la cornisa superior.
Stevens quiso protestar, pero optó por callar; la vida de Norman estaba en peligro. Miraba los pies de Norman, pero éstos no fallaban. Parecía un experto en moverse por las paredes de los edificios suspendidos en el aire, jugándose la vida a cada movimiento.
Se pegó a una ventana y estuvo mirando por ella.
Stevens sintió el frío en su cuerpo magullado. Observó como un pie de Norman vacilaba como si hubiera puesto excesiva atención en otra cosa, pero sus dedos permanecieron aferrados a las jambas de la ventana.
Después se volvió, miró hacia abajo y comenzó a retornar a la alcoba de

Stevens.
—Muchacho, estás loco, completamente loco, podías haberte matado.
Norman saltó al interior de la habitación. Regresaba pálido, Stevens no sabía si atribuirlo al frío o a una fuerte impresión.
El joven cerró la ventana y Stevens corrió a calentarse a la chimenea que tenía encendida dentro de su alcoba.
—¿Qué has visto?
—Es horrible.
—Horrible, ¿el qué?
—¿Tiene un trago de coñac?
—No, no tengo ninguna bebida aquí, a menos que quieras jarabe. En realidad es un opiáceo para calmar la tos y aliviar los dolores corporales.
—Pues déme un trago de eso.
Stevens le alargó la botella. Norman bebió un trago largo ante la mirada expectante de Stevens y éste comentó al final:
—Muchacho, tiene que ser muy horrible para haberte tomado ese jarabe como si fuera el mejor coñac francés.
—Oiga, Stevens...
—Oigo.
—Le voy a contar lo que he visto, pero me dará su palabra de que no va a actuar.
—¿Mi palabra?
—Sí, su palabra. No quiero que actúe ahora, hay que prepararse antes. ¿Lo entiende?

CAPITULO XII

Gladys acudió a la llamada del timbrazo que resonó en la residencia de los Chapperton. Un hombre mascando algo, quizá sólo aire apareció en la puerta.

—¿Stevens Crowen?

—Sí, ¿qué trae?

—Unas cajas.

—¿De qué?

—Oye, tú eres la criada, porque tienes cara de criada.

—Te voy a echar fuera a escobazos.

—No lo vas a hacer, traigo unas cajas para Stevens Crowen, lo dice este papel, desencanto.

—Un momento.

Gladys se volvió, tras ella acababa de aparecer Norman.

—Dice que trae unas cajas para el primo de la señora.

—Ah, sí, las estábamos esperando. Deje, yo me encargo de este asunto. Norman alargó un par de libras al recadero y éste sonrió de inmediato.

—Se nota que es usted un caballero.

—Soy un hombre como tú, imbécil. Ahora, dame las cajas.

—Ah, sí, señor, ahora mismo.

Se trataba de cuatro cajas, cada una de las cuales hubiera podido contener media docena de cajas de zapatos. No parecían pesar demasiado, aunque sí lo suficiente como para ser trasladadas de una en una.

—¿Quiere que le ayude?

—No, no hace falta —dijo Norman—, ya las subiré yo. Son para míster Crowen. Cuando Stevens le vio aparecer con la primera de las cajas, preguntó:

—¿Sospechan algo?

—No por ahora, pero hay que andarse con cuidado.

Cuando Norman regresó a por la segunda caja se encontró a mistress Grace Chapperton examinando una de las cajas por encima.

—¿Qué es esto?

—Nada importante, ya sabe que Stevens hace pruebas.

—En mi casa no quiero pruebas extrañas.

—No, no las hará ahora. Bueno, ha de tenerlas listas para cuando las necesite.

—Pero ¿qué es?

—Una mezcla de polvos de talco y yeso.

—¿Polvos de talco y yeso, y para qué sirven?

—Es una prueba, nada más, mistress Grace.

—Está bien, está bien.

Norman subió las cajas a la habitación de Stevens y allí las amontonó. Este vestía una bata negra y carmesí mientras permanecía sentado en una butaca junto al fuego.

—Este invierno va a ser muy duro, muchacho.

—Sí, ha vuelto a nevar.
Stevens le preparó una copa de coñac, pero en cantidad doble de la normal.
—Tómala, creo que te va a hacer falta.
—Sí, creo que sí y menos mal que ya no es jarabe.
Pasaron las horas, Norman tenía su plan trazado, un plan que quería guardar en secreto hasta el final, cuando llamaron al timbre, Gladys fue a abrir y después avisó a Norman.
—Es una señorita que dice llamarse Olivia.
¿Olivia? Ahora mismo voy.
Fue a su encuentro. Olivia no había recobrado su color habitual.
—¿Qué sucede?
—Norman, no puedo estar sola...
—¿No vives con tus tíos?
—Han salido de viaje y he preferido no contarles lo que sucede.
—Lo que sucede es grave, pero esta noche terminaremos con la pesadilla, ya lo verás.
—¿Esta noche?
—Sí, esta noche y lo mejor sería que entretuvieras a mistress Chapperton.
—Sólo la conozco de oídas.
—Yo te la presentaré.
Poco después, Norman le pedía a mistress Grace:
—¿Olivia puede quedarse a cenar?
—Si es amiga tuya...
—Es mi prometida, pienso casarme con ella. Es una hija de esta ciudad.
Mistress Grace Chapperton sonrió. Fue entonces cuando saltó a su rostro la verdadera vejez. Su cara era ya rugosa, de expresión dura. Su cuello estaba lleno de pliegues y le habían salido pelos canosos en distintos puntos del rostro.
—Enhorabuena, Norman, enhorabuena.
Stevens no bajó al comedor. Gladys se encargó de darle las cucharadas de puré. Un brazo fracturado y los dedos de la otra mano rotos también eran suficiente motivo para que no pudiera tomar una cuchara.
—Voy a repasar unos asuntos con Stevens. ¿Por qué no charlan ustedes? —pidió más que preguntó Norman.
Olivia le lanzó una mirada con la que demandaba ayuda, pero Norman le pidió con los ojos que entretuviera a mistress Chapperton mientras Gladys se iba a la cocina a limpiar.
—Es el momento —dijo Norman.
—¿Qué hago yo? —preguntó Stevens.
—Esperar y vigilar.
Norman llevaba consigo un destornillador gigante y con él se enfrentó a la puerta de la alcoba de Evel. Comenzó a forcejear y gotas de sudor aparecieron en su rostro. Escuchó los ruidos de la puerta al romperse, ruidos que se le antojaron estruendosos.

Al fin, la puerta cedió.
La alcoba sólo estaba iluminada por la luz que llegaba de la ventana. El hedor mareaba. Norman cerró la puerta tras de sí y dio a la luz eléctrica.
El terrible espectáculo ya no le sorprendió porque lo había descubierto en parte a través de la ventana.
En el suelo había un ataúd abierto. Estaba junto a la pared y dentro de él yacía Evel con el color azulado de la muerte. Norman estaba seguro de que la muchacha se hallaba muerta en el interior del ataúd, un ataúd al que se le notaba el paso del tiempo.
Fuera del féretro y a sus pies, como un macabro trofeo, estaba la cabeza horriblemente cercenada de Morris. Inspiraba náuseas sólo mirarla y el hedor escapaba especialmente de ella. La descomposición había comenzado ya y ninguna piel protegía el cuello desgarrado, arrancado del tronco como por una zarpa diabólica.
Se hizo el firme propósito de resistir.
Volvió su mirada al lecho con dosel, una cama muy antigua y barroca.
Sobre ella, sin cubrir, había algo más horrible aún, el esqueleto de una mujer vestido con una túnica-sudario.
Conservaba la cabellera, pero los ojos faltaban en las cuencas vacías de la calavera, una calavera que, por la especial disposición de la dentadura en la que faltaban algunas piezas, semejaba reír.
Los dedos huesudos estaban manchados de sangre ennegrecida, sangre ya oxidada por el contacto del aire y entre ellos, el collar de huesecillos...
Era para volverse loco.
—Maldito seas mil veces por violar este secreto.
Se volvió bruscamente. En el umbral de la puerta aparecía mistress Grace que debía haber dejado sola a Olivia.
—Usted sabía esto, ¿verdad? —preguntó, tratando de que la voz no le fallara.
—Ella fue mi madre, lo es aún.
—¿Y la Evel que está muerta en el ataúd?
—Evel es mi hija, ella era débil y mi madre, fuerte. Tenía poderes porque así se los concedieron.
—¿Quién?
—Su amo y señor. Ella fue una sacerdotisa, tuvo que renunciar a tener un varón para conseguir sus poderes, pero alcanzó la inmortalidad.
—¿En forma de esqueleto?
—Tenía que nacer una mujer de su misma sangre que fuera igual a ella. Esa mujer fue mi hija Evel y mi madre tomó su cuerpo para obtener la inmortalidad.
—No quiero conocer más barbaridades. Su hija es la que ha pagado el satanismo de su abuela, ahora le ha quitado el cuerpo, pero esto no acabará así.
—¿Ah, no, cómo podrás impedirlo?
—¡Así!

Norman se acercó al esqueleto de la abuela de Evel. Lo envolvió con la colcha de la cama, cargó con él y se dirigió hacia la puerta.
Grace Chapperton no consiguió detener a Norman que iba cargado con los despojos humanos. La empujó, apartándola con violencia y prosiguió su camino hacia la habitación de Stevens que tenía un baño individual. Allí había una bañera antigua, una bañera de tipo pantufla.
Stevens le aguardaba.
—¿Es ésa?
—Sí, no deje entrar a su prima, está loca, loca de remate.
Descargó el esqueleto dentro de la bañera quitándole la colcha. Rápidamente, comenzó a abrir cajas y a volcar su contenido sobre el esqueleto.
Los polvos blancos lo cubrían por completo cuando mistress Grace apareció en la alcoba armada de un hacha.
—Quieta, prima, vamos a hacer lo correcto.
—¿Qué vais a hacer? —rugió.
—Disolver los huesos en cal viva.
—¡Nooo!
Se escuchó el rumor del agua cayendo sobre los polvos blancos de cal viva. Hubo un burbujeo extraño, repelente. La masa de cal comenzó a moverse y la mano esquelética se agitó como pretendiendo escapar.
Norman sintió helársele la sangre al oír un grito dé muerte, luego un cuerpo cayendo pesadamente al suelo.
Se volvió y a través de la puerta abierta del baño pudo ver a Stevens con el rostro abierto de un hachazo. Sangraba como un cerdo degollado.
—¡Ahora tú!
Mistress Grace entró corriendo en el cuarto de baño, blandía el hacha que rezumaba sangre.
Descargó un golpe que había de ser mortal, pero Norman supo esquivarlo al tiempo que empujaba a la vieja que cayó hacia el interior de la bañera, metiendo la cabeza en la cal viva.
Las manos esqueléticas que asomaban entre la cal atraparon la cabeza de mistress Grace que chilló al tiempo que tragaba cal.
Cuando se levantó, ya estaba ciega. Su rostro era trágico. Fue de un lado a otro, el hacha yacía en el suelo. De pronto, gritó más aún.
Acertó a salir por la puerta, corrió. Norman oyó más golpes, después un grito y la caída al vacío de la vieja.
—¿Qué pasa? —preguntó Gladys a gritos.
Norman cerró el grifo del agua, había ya suficiente para la disolución.
Los restos humanos se debatían mientras los huesos se disolvían en la cal viva. Las manos esqueléticas se tornaron negras y Norman llegó a ver los ojos diabólicos de la falsa Evel que no era otra que su abuela.
Salió del cuarto de aseo, cerró la puerta y bajó al salón. Allí estaba Gladys junto al cadáver de mistress Grace Chapperton. Pasó por su lado sin decirle nada, convencido de que Gladys estaba en el secreto.

Encontró a Olivia como atontada. Miró la taza de té y comprendió, la vieja le había preparado algo para que durmiera.
—Olivia, Olivia, despierta...
—Norman, Norman, ayúdame, ayúdame.
—Ahora llamaremos a la policía. No sé qué sacarán en claro de todo esto, pero avisaré a la policía. Después tú y yo nos marcharemos.
Descolgó el teléfono mientras se oían unos rugidos lejanos, rugidos de rabia que brotaban del fondo de una bañera repleta de cal viva.

FIN



COLECCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

Nunca sentirá tan real, tan viva y palpitante la sensación de una auténtica aventura espacial, como leyendo cada semana un título seleccionado para esta colección

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.